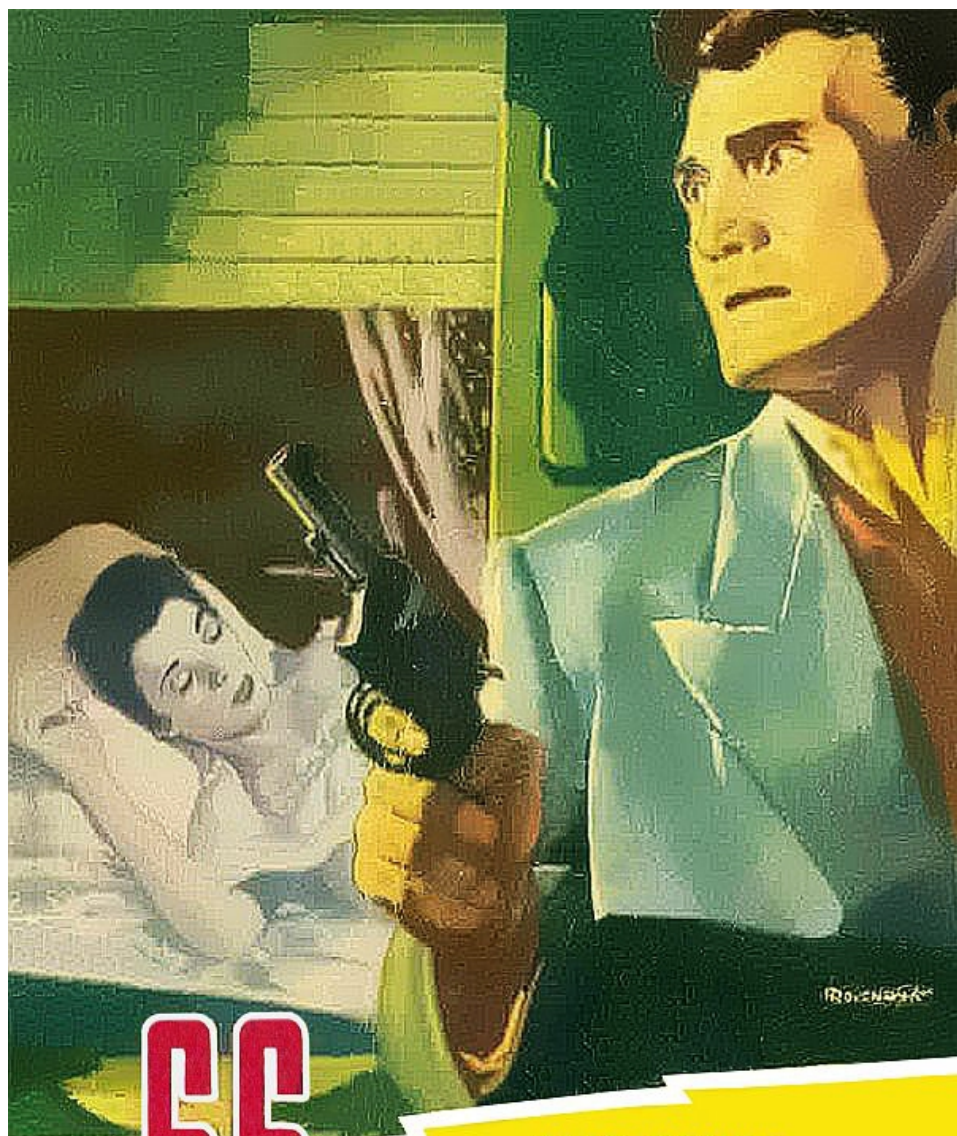




SS

**SERVICIO
SECRETO**

ALAR BENET

VACACIONES DE SANGRE

de

—La estatua de la Libertad, que para los Estados Unidos es un símbolo, fue inaugurada el 28 de octubre de 1886. Como pueden ustedes comprobar, representa una mujer sosteniendo una antorcha. En su mano izquierda, pegada al cuerpo, lleva unas tablas de la ley en las que hay escrita la fecha memorable del 4 de julio de 1776, día de la Declaración de Independencia. Sobre la cabeza, una diadema de puntas, y a los pies unas cadenas rotas...

Mientras el cicerone hablaba, el doctor Paul White miró a los que, como él, habían contratado los servicios de una agencia para conocer los lugares más típicos de Nueva York. Las dos mujeres, que atrajeron su atención en el muelle de Battery Park, primero, y en «*ferry-boat*», después, conversaban animadamente. Una de ellas, muy pálida, retorció el bolso entre las manos, presa de visible nerviosismo. Ambas eran jóvenes de una belleza provocativa. Sus palabras, en inglés no muy correcto, que a veces llegaron a oídos de Paul White, las denunciaban como extranjeras.



Alar Benet

Vacaciones de sangre

Bolsilibros: Servicio Secreto - 196

ePub r1.0

jala y xico_weno 07.07.17

Título original: *Vacaciones de sangre*

Alar Benet, 1954

Ilustración Portada: Jaime Provencsal

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





Alar Benet

Vacaciones de sangre

1ª edición

ABRIL, 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Vacaciones de **SANGRE**

Dr
ALAR BENET



»Algunos varones sabios definieron la ira llamándola locura breve, porque, impotente como aquélla para dominarse, olvida toda conveniencia, desconoce todo afecto, es obstinada y terca en lo que se propone, sorda a los consejos de la razón, agitándose por causas vanas, inhábil para distinguir lo justo y lo verdadero, pareciéndose a esas ruinas que se rompen sobre aquello mismo que aplastan».

SÉNECA

«Los locos piensan y tienen todos alguna idea, cuya tensión exagerada ha roto el resorte de su inteligencia. Los dementes son enfermos del espíritu y del corazón, almas desdichadas, pero llenas de vida y de fuerza».

EMILIO ZOLA

CAPÍTULO PRIMERO

VACACIONES FRUSTRADAS

—La estatua de la Libertad, que para los Estados Unidos es un símbolo, fue inaugurada el 28 de octubre de 1886. Como pueden ustedes comprobar, representa una mujer sosteniendo una antorcha. En su mano izquierda, pegada al cuerpo, lleva unas tablas de la ley en las que hay escrita la fecha memorable del 4 de julio de 1776, día de la Declaración de Independencia. Sobre la cabeza, una diadema de puntas, y a los pies unas cadenas rotas...

Mientras el cicerone hablaba, el doctor Paul White miró a los que, como él, habían contratado los servicios de una agencia para conocer los lugares más típicos de Nueva York. Las dos mujeres, que atrajeron su atención en el muelle de Battery Park, primero, y en «*ferry-boat*», después, conversaban animadamente. Una de ellas, muy pálida, retorció el bolso entre las manos, presa de visible nervosismo. Ambas eran jóvenes de una belleza provocativa. Sus palabras, en inglés no muy correcto, que a veces llegaron a oídos de Paul White, las denunciaban como extranjeras.

—La idea de este monumento corresponde a los franceses partidarios de los Estados del Norte durante la Guerra de Secesión. Es obra del escultor alsaciano Augusto Bartholdi y de Gustavo Eiffel. La altura de la estatua y el pedestal es de noventa y dos metros, y su peso de doscientas veinticinco toneladas. ¿Detalles curiosos? El dedo índice mide dos metros y medio. Este año cumplirá sesenta y ocho de edad, lo que no es obstáculo para que la cintura de la dama continúe siendo la misma que en 1886: once metros. ¡Si todas las señoras pudieran conservar la esbeltez de su

primera juventud!

Hubo algunas risas contenidas. El cicerone, un italiano de corta estatura y palabra fácil, respondía cortésmente a cuantas preguntas se le formulaban, sin abandonar su tono jocoso. Hablaba el inglés con perfección, salpicándolo de exclamaciones de su país natal. White apartóse unos pasos. El diálogo de las dos mujeres era apasionado, a juzgar por los ademanes. Acercóse a ellas, mientras fumaba un cigarrillo. Al verle, callaron en el acto, y Paul reunióse con el grupo sin atreverse a abordarlas.

—Más de medio millón de personas visitan al año la isla Bedloe, que ostenta con orgullo a la mujer de eterna juventud, a la más famosa de las mujeres del mundo. ¡Con qué gozo la miran quienes llegan a estas tierras en busca de fortuna o de regreso de un largo viaje! Después la realidad se impone, pero es imposible olvidar ese brazo derecho en alto, sosteniendo la antorcha. Subamos a la corona.

Paul White dióse cuenta de que en las palabras del guía vibraba una oculta emoción.

¿Fingida en el deseo de conseguir generosas propinas? Le pareció sincera e inconcebible en un hombre que, según propias manifestaciones, llevaba cuatro años haciendo diariamente el recorrido de Battery Park a Bedloe Island.

Paul, mezclado entre los turistas, se dijo que su comportamiento era absurdo. Había emprendido desde Filadelfia el viaje a Nueva York para olvidarse de sus habituales preocupaciones, para descansar. La oposición de ingreso en el «Pennsylvania Insane Asylum^[1]», en calidad de médico interno, fue dura, digno colofón a una brillante carrera en la que hubo de alternar los estudios con diversos empleos. ¿A qué complicarse la existencia con la inquietud de dos jóvenes, tal vez producto de un desengaño amoroso o de cualquier crisis afectiva?

* * *

Ya en la amplia sala, sobre la cabeza de la Estatua, miró a través de una de las veinticinco ventanas. El panorama era magnífico. El cicerone, consciente de su trabajo, habló:

—Vean. Las agujas de la iglesia de la Trinidad se alzan al cielo

como un mensaje de fe. Más al fondo, para no referirme sino a los edificios principales, puede verse la catedral de San Patricio, construida toda ella de mármol blanco y donde se venera la efigie del Santo Patrón de Irlanda. El Rockefeller Center y el Empire State. Aquélla es la torre de la Gran Estación Central y...

Paul White no siguió escuchando. Las dos mujeres se habían separado del grupo, y, de espaldas a una de las ventanas, proseguían la charla. El joven pudo examinarlas a placer. Una de ellas, la más nerviosa, era baja, de extraordinaria delgadez, lo que no le restaba atractivo por la armonía del conjunto. Su rostro, anguloso, de pómulos salientes y nariz recta, vestido blanco y el pelo suelto, negro, acariciándole la garganta, la espiritualizaban. Su compañera por el contrario, de gran estatura, poseía un especial aplomo. Su cuerpo, bello y turgente, era una tentación para Paul White, que adivinaba unas formas perfectas. El cabello, recogido en la nuca, dando a su rostro agresividad, contrastaba con una boca algo grande, de labios carnosos, y unos ojos castaños, en cuyo fondo brillaba una chispa de ironía.

Al sentirse observada por el módico cambiaron una sonrisa, dándole la espalda. White, desconcertado por tal actitud, reprochó su insistencia, uniéndose a los turistas, que cambiaban animados comentarios en varios idiomas. Mientras miraba al Este, a los municipios de Queens y Brooklyn, arrojó al espacio la punta del cigarrillo, y se dispuso a encender otro. Un grito de agonía elevóse en el aire. Al volverse pudo ver al cicerone y la mujer más bella inclinados sobre una de las ventanas. ¿Dónde estaba la muchachita frágil, de aspecto enfermo? Pudo verla en el aire una fracción de segundo. El vestido blanco, inflado por el viento, parecía la gran ala de un ángel. El cuerpo tropezó en uno de los salientes del pedestal, produciendo un ruido sordo, indescriptible.

Durante varios segundos, el silencio fue denso. Nadie se atrevía a hablar. Paul White, familiarizado con la muerte y las miserias humanas, aproximóse a los más inmediatos testigos de la tragedia.

—¿Qué ocurrió?

El guía, con visible excitación, repuso:

—No puedo precisarlo. Les mostraba Ellis Island, donde tiene instaladas el gobierno las Oficinas de Inmigración, y el edificio en el que se retiene a los que no poseen el permiso de entrada en los

Estados Unidos y una de las señoritas se inclinó hacia adelante, sin duda para ver mejor, perdiendo el equilibrio. Fue en vano que intentara sujetarla. Me rompí una uña sin conseguirlo.

Mostró al médico su mano. El dedo corazón sangraba levemente.

—De eso no morirá —contestó Paul White—. ¿Nadie más que ustedes dos presenciaron el hecho?

Los que le rodeaban respondieron negativamente. Todos estaban entretenidos en observar los «skyscrapers» de Manhattan. De mutuo acuerdo renunciaron a la subida a la antorcha, descendiendo de la corona para alcanzar el exterior.

Paul inclinóse sobre el cuerpo, más por costumbre que con la esperanza de encontrarla viva. El rostro de la muerta se hallaba milagrosamente intacto White separó los cabellos que cubrían las femeninas mejillas, en las que había aumentado la palidez. Volvióse al guía:

—Comunique lo ocurrido. Nadie debe mover el cadáver. Soy médico, señorita. ¿Estaba enferma su amiga? Me llamo Paul White.

—No. Tenía problemas... sentimentales. Mi nombre es Jacqueline Price. Ella se llamaba Doris Hart. Las dos trabajamos en el mismo sitio.

—¿Dónde?

Los labios de la interrogada se plegaron en una mueca burlona.

—¿Me somete a un interrogatorio?

—Demuestra poco valor. Vea a los que nos acompañan. Ninguno se atreve a contemplar tan macabro espectáculo. Dos señoras se han mareado. Su indiferencia me...

Se contuvo, considerando demasiado fuertes sus palabras. Jacqueline Price, con triste sonrisa, completó la frase:

—¿Repugna? Sí, iba a decir eso. Resulta inconcebible en un doctor. ¿Ignora que en ocasiones la vida endurece el corazón, tornándolo insensible? Debió de aprenderlo en los hospitales. Temo que sea usted un mal médico.

—Es posible. Tengo ante mis ojos a una mujer normal, de completo equilibrio nervioso, que sabe dominar sus reacciones. Doris Hart, su infortunada amiga, era el polo opuesto. Tendrá que dar muchas explicaciones a la policía. Tal vez piensen que usted o el cicerone la empujaron para que cayese. ¿Por qué no los dos?

Jacqueline Price palideció tan intensamente, que Paul White

arrepintiéndose de haber pronunciado tales frases. Era tarde para rectificar y no lo hizo.

—¿Me da un cigarrillo? Es absurda su acusación, y no me enoja. ¿Dirá lo mismo a los de la Metropolitana?

—Guardaré mis sospechas para mí solo.

Entregó un «Philip Morris» a Jacqueline, que se alejó unos pasos, en dirección al mar.

¿Cuál era la tragedia de aquellas mujeres? ¡Qué le importaba a él! Su viaje a Nueva York obedecía a la necesidad de un completo descanso. ¿Iba a complicarse la semana que le restaba de permanencia en la ciudad? Tales razonamientos no bastaron al joven, que, dejándose llevar por el impulso, situóse a la altura de Jacqueline.

—Perdone. No quise ser tan brusco. ¿Podrá olvidar lo que antes dije?

—Sí.

—Me agradaría que fuésemos amigos.

—De usted depende. Su interés por la pobre Doris me predispone en su favor. Le aseguro que todo sucedió como el cicerone dijo.

—Lo creo.

Las palabras de White no eran sinceras. En su ánimo agigantábase un propósito: descubrir la verdad, investigar en el pasado de las que, tal vez por reflejo o presentimiento, atrajeron su atención en el muelle de Battery Park.

—Ahí llega una lancha de la Metropolitana. Sin duda viene de Ellis Island.

—Es posible.

La policía comenzó unas breves investigaciones. El cicerone, Humberto Orlando, nacido en Nápoles, ratificó su historia, así como Jacqueline Price. Los demás turistas, incluso Paul White declararon que se hallaban de espaldas a las dos mujeres y el guía, volviéndose al sentir el grito de Doris Hart. Un sargento tomó las señas del italiano y de Jacqueline, retirándose, no sin dejar a uno de sus hombres junto al cadáver.

—Les necesitaremos para la encuesta. Procuren no ausentarse de Nueva York.

El guía y la muchacha asintieron. Humberto Orlando, serio el

rostro, preguntó a los que le rodeaban:

—¿Damos por terminada la visita o quieren algunas explicaciones? Ustedes son los que deben decidir.

—Volvamos a Manhattan —respondieron varios—. Creo que todos deseamos alejarnos de aquí.

Hubo un murmullo de asentimiento, y poco después, en el «*ferry-boat*», emprendían el viaje de regreso. Paul White, acodado en popa junto a Jacqueline Price, dijo:

—¿La importará cenar conmigo? Desde un principio me sedujo su belleza.

—Ya reparó en sus miradas. Me aburro terriblemente. Sería hipócrita si rechazase su proposición.

—Deseo hacerle rectificar el mal juicio que formó de mí.

—Creo que lo va a conseguir pronto, señor White.

—Llámeme Paul. Somos jóvenes y estamos solos en Nueva York. Aunque le parezca mentira, es la primera vez que vengo a esta ciudad. Nunca tuve tiempo de hacerlo por el afán de terminar la carrera. Tendrá usted que elegir el restaurante y el teatro.

—Habremos de separarnos a las diez. A las once empieza mi trabajo.

—¿Qué trabajo? Nada le obliga a contestar.

Jacqueline inclinó la cabeza, cual si dudara en confiarse a White. Al fin, encogiéndose de hombros, repuso:

—Soy camarera de un «honkytonk^[2]», mejor dicho, «B-girl»

^[3]. No me ocupo de servir las mesas, sino de...

—Continúe. ¿Tan malo es lo que hace?

La mujer clavó sus ojos en los del médico, pretendiendo encontrar en ellos desprecio, burla o ironía. Tan sólo pudo ver asombro.

—¿De verdad no ha estado nunca en un «honkytonk»?

—Así es. ¿Se trata de una especie de *cabaret*?

—Vaya conmigo después de la cena. Le aseguro que no resistirá media hora.

—Si la tengo cerca permaneceré toda la noche.

—Gracias, Paul. Tuteémonos. Eres muy amable.

En Battery Park disolvióse el grupo de turistas, y los dos jóvenes caminaron por el muelle hasta Rector Street, en Manhattan, para

desembocar en Broadway donde la circulación era intensa. Al sentirse empujado en la acera repleta de público, White dijo:

—Tomemos un taxi.

—Iremos a un restaurante de la calle 57. Hay un salón de baile en el que, si te parece, esperaremos la hora de la cena.

Así lo hicieron. Paul esforzóse en vencer la repugnancia que Jacqueline le producía. Doris Hart hallaríase aún sobre la plataforma de cemento que rodeaba el pedestal de la estatua de la Libertad. Resultábale inconcebible tal dureza de sentimientos por parte de una mujer. Deseoso de calar hondo en la psicología de la que le acompañaba, inquirió al sentarse a la mesa, después de finalizado uno de los bailes:

—¿No recuerdas a tu amiga?

Ella, mirando a White con extrañeza, repuso:

—En Nueva York se vive muy deprisa. Los minutos son desplazados vertiginosamente.

Al menos, está libre de Michael.

—¿Quién es Michael?

—Su novio. Trabaja de camarero en el «honkytonk». Es un antiguo boxeador, individuo brutal. Aun no me explico qué pudo ver Doris en él. Quizá la amenazara. ¿Cenamos?

—Como quieras. Tengo gran curiosidad por conocer ese mundo en el que vives y que si tú no lo remedias acabará convirtiéndote en una estatua, insensible a la ternura.

Mientras comían, Paul White refirió su juventud, su dura lucha por situarse en la vida.

—Mis padres murieron cuando yo tenía once años. Viví con un pariente que hizo lo imposible por convertirme en lo que él es: un vendedor de objetos de escritorio.

—Triunfaste —comentó Jacqueline.

Una sonrisa amarga surcó los labios del médico.

—He fracasado en lo que más vale, en la juventud. Tengo veintiséis años y cualquier mozalbete ha reído más y mejor que yo. ¡Me abruma la responsabilidad!

—¿Te arrepientes?

—No. Me arrepiento, eso sí, de tomar demasiado en serio la vida. La nota, camarero.

Una hora después, no sin soportar los atascos de tráfico comunes

en Manhattan, los dos jóvenes, en un vehículo de alquiler, atravesaron el río Harlem por el puente de la Third Avenue, apeándose en la esquina formada por Willis Avenue y 149 Street, en el municipio de Bronx.

Al franquear una puerta no muy ancha, Jacqueline Price previno a Paul:

—Te aconsejo prudencia. El salón está en un sótano. Hay algunos matones contratados por la casa para mantener el orden. Si te irritas por cualquier causa, vete.

—Gracias. Sé defenderme. En la Universidad fui campeón de boxeo.

—Aquí nadie juega limpio.

—¿Tú tampoco?

—Yo tampoco.

White miró a la mujer, experimentando hacia ella por vez primera un sentimiento de simpatía. Su sinceridad le agradaba. Su modo de juzgarse también.

—Tendré cuidado.

El «honkytonk» constaba de una gran sala rodeada de mesas, en cuyo centro había una reducida pista de baile, y al fondo un pequeño escenario donde una orquesta de negros interpretaba modernas melodías. A la izquierda del tablero, un largo mostrador tras el que se alineaban seis camareros esforzándose en atender a los que, por economizar unos centavos, se acodaban en la barra resistiendo el asedio de las «B-girls» y las «stripteasers^[4]», que se afanaban en ser invitadas.

Jacqueline Price señaló a Paul una mesa situada junto a la puerta.

—Siéntate ahí. Acerca el respaldo de la silla a la pared y procura no tener a nadie a la espalda. Te traeré un *whisky* para evitar que te den alcohol sucio.

* * *

La joven iba a alejarse cuando un individuo de rostro ancho, cogiéndola con violencia por el brazo, masculló:

—Vienes tarde. ¿Y Doris?

—Lee mañana los periódicos. Se ha caído desde la corona de la

estatua de la Libertad.

Paul, que observaba las reacciones del hombre, sin duda el novio de la infortunada muchacha, hubo de crisar sus dedos en el tablero de la mesa para contener su deseo de golpearle.

—Peor para ella. ¿Recogiste sus cosas?

—Nadie puede hacerlo mientras no se proceda al levantamiento del cadáver. La cara del que interrogaba a la muchacha se contrajo de ira.

—¡Imbécil! Haberte apoderado del bolso. Lo necesito, ¿comprendes? ¡Tráelo mañana a...!

—¡Suelta!

Los dedos del repulsivo individuo se hincaban en el brazo femenino.

—Es hora de que te acostumbres a obedecerme. Tú vales más que Doris. Desde este momento no sonrías a nadie que no sea a mí o a cualquier primo de los que cazas para desplumarles.

Miró significativamente a Paul White, en un insulto que él no estaba acostumbrado a tolerar. Antes de que Jacqueline pudiera recomendarle calma, incorporándose, cogió por el cuello al que acababa de hablar.

—¿Eres Michael?

—Sí. ¡Apártate o...!

El puño derecho del médico se aplastó sobre los labios del que fue novio de Doris Hart. La sangre, al correr por la barbilla, manchó la camisa del antiguo boxeador, al que su aplastada nariz denunciaba como peligroso sujeto. Retrocedió unos pasos, y alzando la mano derecha, hizo una seña a los de la orquesta. Era el gesto convenido para que los músicos interpretaran una estridente pieza, a fin de que no se oyera en el exterior lo que ocurría en el «honkytonk». Luego anunció a Paul:

—Te voy a dar la más formidable paliza que haya recibido nadie.

El amenazado examinó el terreno. Por hallarse junto a la entrada había un espacio libre de mesas. Recordando el consejo de Jacqueline, procuró que nadie pudiera situarse a su espalda.

Sin nervosismos, con la frialdad del que en todo momento mide las consecuencias de sus actos, White, aguardó el ataque de su enemigo, que no tardó en producirse. Grande fue la sorpresa de

Michael cuando sus manazas no encontraron sino el vacío. El joven, con ágil juego de piernas, esquivaba los golpes de su adversario aprovechando el menor descuido para castigarle en puntos vulnerables. En torno a los contendientes habíase formado un ancho círculo. Jacqueline, en primera fila, contemplaba la lucha con asombro. A ella y a los habituales contertulios al «honkytonk» les resultaba inconcebible que nadie pudiera enfrentarse con éxito a Michael Byron, boxeador al que los vicios truncaron la carrera. Contábanse de él hazañas como la de expulsar a cuatro hombres del local sin más ayuda que sus puños.

Paul, deseoso de encolerizar a su rival para obtener mayor ventaja, le golpeó en el rostro con la mano abierta. La bofetada fue tan fuerte que hizo sangrar por un oído al camarero del «honkytonk», provocando numerosas carcajadas. La movilidad del médico era muy superior a la de su antagonista, que comprendió la necesidad de provocar un cuerpo a cuerpo. Varias veces estuvo a punto de conseguirlo, pero White se escurría de entre sus manos, con hábiles esguinces, en uno de los cuales fue alcanzado por un formidable uppercut de Michael, que le hizo tambalearse. Por un segundo tuvo la sensación de haber recibido una descarga eléctrica. Un velo de niebla le cubrió sus ojos. Los gritos de Jacqueline de espanto, y de su adversario de júbilo, le hicieron reaccionar, y en una guardia cerrada, sin ánimo para el ataque, cobijarse de la lluvia de golpes que el ex boxeador le lanzaba, para lo cual utilizó los puños y los codos. Su situación era insostenible, y comprendiéndolo así, en un gigantesco esfuerzo, avanzó unos pasos para pegar en el hígado de Michael Byron, obligándole a encogerse de dolor.

Un murmullo de asombro escapó de todas las gargantas. Cuando le creían vencido, Paul atacaba. El novio de Doris Hart, con el rostro bañado en sangre, exhausto por una lucha que creyó breve en un principio, saltó contra el médico sujetándole con ambas manos por la cintura, mientras le ponía una zancadilla. White, al caer, alzó la pierna izquierda para propinar un feroz puntapié en el pecho al que, olvidando la ética del boxeo, comenzaba a utilizar sucios procedimientos. Michael al recibir el golpe, retrocedió y cayó sobre una mesa, destrozándola. Al incorporarse lanzóse en «plongeon» a Paul, y los dos rivales rodaron por el suelo, envueltos en mortal abrazo.

El joven, consciente de su inferioridad física, se dijo que su victoria dependía exclusivamente de su serenidad, y sin desconcertarse, sintiendo en su rostro la sangre del que, sobre él, pugnaba por hacer presa en la garganta, quiso girar a la derecha sin conseguirlo. El fracaso de su movimiento le puso a merced del ex boxeador, quien, rodeando el cuello de su enemigo con ambas manos, comenzó a apretar con furia homicida. Pronto los pulmones del médico acusaron la falta de oxígeno.

En el local continuaba la orquesta llenándolo todo con sus estridentes sonidos.

—¡Suéltale, Michael! ¡Vas a ahogarle! —exclamó Jacqueline.

El grito no obtuvo el resultado apetecido cerca del novio de Doris Hart, pero sí en Paul que, medio asfixiado ya, en un postrer esfuerzo, levantó ambas piernas rodeando con los tobillos la cabeza de su adversario. Los ojos del joven, inyectados en sangre, brillaron de gozo al apoyar ambos codos en el suelo y hacer un brusco movimiento. Michael, que no esperaba tal reacción, cayó de costado, sin soltar a White, que pudo asirle el dedo corazón y retorcérselo con fuerza. El matón, con un rugido apartó ambas manos. Paul, desasiéndose, quiso ponerse en pie, pero cuando se hallaba de rodillas, el camarero, mascullando juramentos, cayó de nuevo sobre él.

White, en difícil postura, pudo coger a su adversario de un brazo y, arrojándose al suelo, voltearle limpiamente. Ya incorporado aguardó a pie firme. Jamás se había visto en tan grave situación, pero confiaba en superarla utilizando la inteligencia, algo de lo que su adversario carecía. Michael Byron, fuera de sí, avanzó moviendo los brazos como aspas de molino. El médico extendió su brazo derecho, propinándole un golpe seco, al que siguieron otros muchos. El ex boxeador, aturdido, quiso retroceder más. White no le dio tiempo a ello. Sus puños le machacaron el rostro, sin concederle tregua. Al fin Michael Byron, tropezando en una de las sillas, cayó para no levantarse más.

Paul fue a secarse el sudor y la sangre del rostro cuando tres camareros, abalanzándose a él, le forzaron otra vez a la lucha. El dueño del «honkytonk» no podía permitir que ningún cliente se impusiera, a fin de no envalentonar a los que, aun sabiéndose estafados, callaban por temor.

El joven cogió una silla, golpeando con ella al más cercano. En la última fase de la pelea vióse en la precisión de no atender el consejo de Jacqueline. Ahora tenía enemigos a la espalda.

Fue inútil que resistiera. Uno de sus agresores, con una porra de goma, le golpeó en la cabeza. Al hundirse en la inconsciencia, Paul sintió un alivio superior al daño. Su fatiga era extraordinaria. «Ahora descansaré», se dijo una fracción de segundo antes de que el entarimado se elevara hasta sus ojos...

CAPÍTULO II

EL SERVICIO SECRETO ACTUA

—No se ponga nerviosa. Se lo ruego. Soy el inspector Gerald Evatt, del «Central Intelligence Agency». No es necesario que se presente. Usted es Jacqueline Price, de veinticuatro años, nacida en Washington. A los seis años la llevaron sus padres a Francia, lugar en el que ha permanecido hasta 1949, en que regresó a Estados Unidos. Se hace pasar por francesa para... —El que hablaba vaciló unos segundos— en fin, por exotismo. Europa posee grandes atractivos en la mente de los americanos. Igual les ocurre a sus mujeres. Trabaja en un «honkytonk», sin que pueda reprochársele anormalidad alguna, ni en lo moral ni en lo físico. Se limita a... — Nueva duda— cumplir el cometido para el que la contrataron. No se la conoce novio ni amante, y vive en Brooklyn, departamento 32 de la casa número 746 de la avenida Nostrand. Los vecinos del citado edificio tienen buen concepto de usted, pues jamás han visto un hombre en su casa. La suponen empleada en el guardarropa de un «night-club» e ignoran su verdadera condición de «B-girl».

¿Quiere?

Jacqueline Price tomó el cigarrillo que su interlocutor le ofrecía. Antes de responder miró al inspector Gerald Evatt, del Servicio Secreto Exterior de los Estados Unidos. Era hombre de una edad aproximada a la de Paul White, el heroico joven a quien no conseguía olvidar, aunque en sus ademanes había más nervosismo que en el módico. El miembro del «Central Intelligence Agency» daba la sensación de estar íntimamente en perpetua actividad.

La muchacha fumó unos minutos en silencio, cruzando sus bien torneadas piernas. El hombre que, sentado frente a ella, la sonreía con afecto, no pareció reparar en la perfección de las líneas de Jacqueline, atento sólo a su respuesta.

—Nada me queda por decirle. Todo lo sabe. Si es así, conocerá también los antecedentes de Doris Hart.

—Mejor que usted. Su compañera tiene una ficha en mi departamento como presunta miembro del «Deuxième Bureau».

La mujer lanzó una carcajada.

—Fantasea, inspector. ¡Doris una espía al servicio de Francia! ¡Qué cosas se le ocurren!

—Creo que la mataron.

La risa de Jacqueline quedó cortada en seco. Su palidez fue tan extrema, que Gerald Evatt se previno, temiendo un desmayo, que no se produjo. Sobre una mesa había un vaso y una jarra.

—¿Prefiere agua o *whisky*?

—Ninguna de las dos cosas. ¡Me resulta tan absurdo lo que acabo de escuchar! Yo estaba junto a Doris, y tuve que ver lo que insinuaba.

—¿Miraba a su amiga o a Ellis Island? Es posible que la empujaran sin que usted lo observara. ¿No lo cree posible?

—¿Acusa al cicerone? Era el único que estaba junto a nosotras.

—Me limito a sugerir.

Hubo un largo silencio, durante el cual Gerald y Jacqueline se retaron con la mirada. La amabilidad de aquel hombre resultaba molesta a la joven.

—Temo que por apuntarse un éxito ante sus jefes, no vacilará en encarcelar a un inocente, señor Evatt, incluso a mí. Doris era demasiado tímida para mezclarse en problemas de espionaje. Termine pronto. Tengo prisa.

—Yo ninguna. ¿No le parece confortable mi despacho?

Jacqueline giró la mirada en torno suyo. Una mesa de trabajo, un tresillo y varios archivadores metálicos eran todo el mobiliario.

—Sinceramente, no. Puesto que he de soportar sus impertinencias, deme ese *whisky*.

—Se lo agradezco. No me gusta beber solo.

El inspector del Servicio Secreto sacó de uno de los departamentos del archivo una botella, dos vasos y un sifón.

Jacqueline dijo con ironía:

—¿No ocurrirá lo mismo en el terrible organismo al que pertenece?

—Quizá —repuso él, sin ofenderse—. ¿No es agradable?

—Hasta cierto punto. Conocí a dos hombres que se embriagaban juntos. Uno era la amabilidad personificada. Otro le daba por reñir.

—Yo pertenezco a los primeros. Deseo que, sin olvidar detalle, me refiera lo ocurrido en la isla Bedloe. ¿Mucha soda?

—Mitad y mitad.

Bebieron. Pese a que el del Servicio Secreto se esforzaba en mostrarse amable, adivinábase en él una impaciencia que iba en aumento. Jacqueline, depositando el vaso en el brazo del sillón, aspiró el humo del cigarrillo, entreteniéndose en formar círculos con las volutas de humo. Le regocijaba el desasosiego del inspector que, al fin, no pudiéndose contener, apremió:

—¿Piensa estar callada toda la mañana?

—Yo tampoco tengo prisa. He cambiado de opinión. Su cuarto de trabajo es delicioso.

Lo único que no me gusta de él son las cortinas.

La estancia carecía de ellas, y Gerald Evatt mordióse los labios.

—¿No piensa que puedo obligarla a hablar?

—¿Cómo? ¿Aplicándome el tercer grado? Desengáñese. Muchos delincuentes temblaron al verle. Yo, no. Nada hice y nada temo. Empezó usted bien y está terminando por ponerse en ridículo. El agente a sus órdenes era más amable. ¿Los malos modales aumentan con los ascensos?

—No. Discúlpeme. Llevo toda la noche en vela siguiendo su pista y la de Doris Hart. La fatiga me convierte en un ser insociable. ¿Con qué atribuciones fue al depósito para hacerse cargo de los objetos de su amiga?

—Carece de familia.

—Se equivoca. Su esposo vive.

El asombro de Jacqueline Price fue grande. Evatt, que la observaba, reparó en que era sincero.

—¿Su esposo?

—Sí. Hace tres años se casó con Vladimir Ivanovich, un ruso blanco que cumple condena en Sing-Sing.

Le encerraron por la muerte de un hombre. Aunque no pudo probarsele nada, se tiene la certeza de que estaba al servicio del espionaje francés. Le indultaron de la «silla» debido a que la víctima era un destacado miembro de la

M. G. B.

rusa. El cadáver fue hallado con una pistola «Skoda». Le restan dieciséis años de cárcel.

—¡Pobre Doris!

—Su ficha data de entonces. Dejamos de vigilarla hace un año. Su conducta era normal. Estaba empleada en la oficina de un almacén de maderas, Luego en un «honkytonk». Ignorábamos que hubiera llegado tan bajo... Perdón. No quise...

—No se preocupe. No pienso enfadarme, a no ser que usted se obstine en recordarme su condición de espía. Leí varias novelas. Un inspector asesinaba obedeciendo órdenes y era condecorado, al marido de Doris le encarcelaron. No crípe los puños. Acostumbro a devolver los golpes.

—Considero justo el desquite. Nosotros no somos criminales a sueldo. Realizamos la más ingrata labor, siempre en el anónimo y...

Calló al observar que en los labios de Jacqueline aparecía una sonrisa burlona.

—Siga.

—¿Puede repetirme lo que contó a los de la Metropolitana?

—Sí.

Y la mujer hizo el relato con todo detalle.

—Agradecido por su colaboración. Enviaremos a

Sing-Sing

los objetos personales de Doris para que, si procede, los hagan llegar a Vladimir Ivanovich, excepto el bolso.

—¿Por qué?

—A él no le servirá de nada y usted puede utilizarlo. Tiene buena piel, y apenas si está usado. ¿Lo quiere como recuerdo?

—Gracias. ¿Es usted casado?

Gerald Evatt, con voz ronca, repuso, tras una breve pausa:

—Me divorcié hace un año. Cuestión de caracteres. ¿Por qué lo pregunta?

—Sólo quien ha tenido esposa sabe apreciar una prenda femenina. ¿Me deja marchar ya?

—Sí. Manifestó interés por el bolso en el depósito, y despertó las sospechas de uno de mis hombres. Ésa y no otra es la razón de que nos hayamos conocido.

Adiós, señorita. Acuda a mí si me necesita, y procuré alejarse del ambiente en que vive. Es un consejo.

—Me esforzaré en no olvidarlo.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, y Jacqueline, tranquilizada, abandonó el despacho. Ya en la calle detuvo un taxi, al que dio las señas de su domicilio.

Mientras el vehículo avanzaba por las populosas avenidas neoyorquinas, la muchacha manifestaba su nervosismo retorciendo la correa del bolso que Gerald Evatt le entregó al despedirse. Al abrirlo pudo ver, con sorpresa, una pequeña automática junto a la polvera y el tubo de carmín. ¿Acaso el arma hizo sospechar al del Servicio Secreto? ¿Perteneecía a su amiga o el inspector, suponiéndola en peligro, se la facilitó para que se defendiese? No necesitaría más que correr la pequeña palanca del seguro para que estuviera en condiciones de disparar.

—Hemos llegado, señorita.

—Gracias. Tome.

Abonó al conductor el importe de la carrera, y penetró en el portal de la casa, sin observar que un automóvil paraba a corta distancia, y que dos hombres charlaban animadamente sin apearse del vehículo.

Al franquear la puerta de su domicilio, Jacqueline percibió el ruido del agua de la ducha, situada en un cuarto inmediato a la entrada. Su sonrisa fue amplia. Había tomado estimación al joven que supo defenderla, con grave riesgo de su vida, demostrando su valor y unas condiciones físicas excepcionales.

Acomodóse en uno de los sillones de la habitación, mezcla de cuarto, de estar, biblioteca y sala de recibir, examinando de nuevo el contenido del bolso de Doris. Ocultó la pistola en su cartera de mano y se abstraigo en encontrados pensamientos que fueron interrumpidos por Paul White.

—Hola, Jacqueline. Desperté hace unos minutos.

Tuve una grata sorpresa al encontrarme en tu casa, con la ropa limpia y planchada en uno de los sillones.

La aludida miró al que hablaba que, en mangas de camisa,

sonreía con afecto. A través de la leve tela que ocultaba su torso, adivinábanse unos recios músculos. Las facciones del joven, pese a dos moraduras, eran enérgicas y dulces al mismo tiempo. Mirar al médico inspiraba confianza.

—¿Tienes apetito?

—Bastante.

—Te prepararé el desayuno. Yo lo hice en la calle.

—Son excesivas molestias. Supongo que me trajiste aquí. Ella asintió con el gesto.

—¿Por qué?

—¡Qué más da! Pedí ayuda a uno de los camareros. Era enemigo de Michael y observó que te miraba con simpatía durante la pelea. Apenas te hubo dejado en casa, se marchó, y pude ocuparme de tus ropas. No quise despertarte y fui al depósito a recoger los efectos personales de Doris. Me entregaron el bolso. Mi amiga estaba separada de su marido, que cumple condena en Sing-Sing.

Mientras terminas de vestirme, veré lo que encuentro en la despensa.

Al anudarse la corbata, Paul no supo evitar un estremecimiento recordando el dogal que en torno a su cuello formó Michael Byron con sus dedos. Estaba satisfecho de lo ocurrido. ¿Satisfecho? ¿No fue a Nueva York a tomarse unas vacaciones? ¿A qué truncarlas? Apenas almorzase, abandonaría para siempre la casa de Jacqueline Price para dedicarse a visitar los museos y espectáculos, alejándose de la influencia de aquella mujer. Dentro de poco regresaría a Filadelfia para ocuparse de sus enfermos, de seres necesitados de ayuda. ¿A qué preocuparse por quienes, como Jacqueline y Doris, quemaban sus vidas en impuros altares?

Se puso la americana abandonando la que, sin duda, era alcoba de la joven. ¿Dónde durmió ella? Le hizo tal pregunta entre sorbo y sorbo de café.

—En el diván. Es convertible en cama. Prueba esos bocadillos.

—Temo abusar. Me tendrás que permitir el abono de unos dólares en pago a los gastos que te he ocasionado. Moralmente te estaré siempre agradecido. Trabajas porque lo necesitas.

—¿Vas a impedirme ser generosa, olvidarme de mi condición de estatua? No insistas o conseguirás enfadarme. ¿Oyes?

La muchacha, pálida, se puso en pie. Le había parecido sentir

que la puerta se abría. El la tranquilizó:

—Estás muy nerviosa. Supongo que habrá crujido alguna madera. Hay muebles que parecen tener vida propia. ¿Qué temes?

Jacqueline Price no le contestó. Sus ojos, desorbitados por el espanto, miraban a la entrada de la casa. White, con un vaso de zumo de naranja en la mano, se incorporó, volviéndose. Dos hombres, cubiertos los rostros con pañuelos, les encañonaban con revólveres. Los sombreros, metidos hasta los ojos, no permitían adivinar las facciones de los intrusos. El médico, dominando la sorpresa y el temor, inquirió:

—Creo que os habéis equivocado. ¿Cómo entrasteis?

—Utilizando una ganzúa —repuso una voz familiar para Paul—. Al menor movimiento dispararemos.

Los dos enmascarados avanzaron unos pasos hasta situarse a pocos metros de White y la muchacha. Uno de ellos apoderóse del bolso de Doris Hart, entregándolo a su compañero. Al hacerlo resbaló el antifaz, dejando al descubierto el rostro de...

—¡Michael Byron! —gritó Jacqueline.

—Más te valiera no haberme reconocido.

Por la contracción de sus labios, Paul adivinó que el camarero del «honkytonk» iba a disparar, y sin vacilaciones, consciente de que se jugaba la vida en el intento, arrojó el contenido del vaso a los ojos del «gángster», tirándose al suelo. Un disparo atronó el silencio. White, rápido como el pensamiento, saltando a la derecha con felina elasticidad, se puso en pie protegiéndose en Michael Byron en el preciso instante que su cómplice hacía fuego. El proyectil se clavó en el pecho del ex boxeador, derribándolo. El médico quiso apoderarse de la automática.

—¡Quietos todos!

El enmascarado, que en una mano sostenía el bolso de Doris Hart y en la otra el revólver, giró el cuerpo, mientras apretaba el gatillo. El que entraba, providencialmente para Paul y Jacqueline, hizo uso de una «*Parabellum*», y el plomo alcanzó al «gángster» en la cabeza.

La muchacha, inmóvil de terror, tardó unos segundos en reaccionar.

—Llega oportuno, señor Evatt. Aun no me explico lo ocurrido.

El inspector del Servicio Secreto americano, con una sonrisa

afectuosa, respondió:

—No se preocupe en resolver ese enigma. Lo interesante es que aún viven. Pensaba capturar a estos tipos cuando abandonaran su domicilio. El disparo me forzó a actuar.

¿Quién es el caballero que la acompaña?

—El doctor Paul White, de Filadelfia.

—Mucho gusto en conocerle. Me llamo Gerald Evatt y pertenezco al «Central Intelligence Agency». Vea mi carnet.

—Aunque no fuese quien dice, intervino a tiempo. El que acaba de matar rectificaba la puntería. Esa vez no hubiera fallado. ¿Me permite que examine a un viejo amigo?

Sin aguardar la respuesta del miembro del Servicio Secreto, inclinóse sobre Michael Byron, no tardando en incorporarse.

—¿Qué hay? —inquirió el inspector, con ansiedad.

—Ha muerto también. La bala de su compañero le alcanzó en el corazón. Le aseguro que era un indeseable.

—Para mí un testigo valiosísimo, la única pista que me ligaba a... Calló, temiendo haber dicho demasiado.

—¿A qué?

La pregunta de Jacqueline no obtuvo respuesta. Gerald Evatt, escribiendo un número en una hoja de su bloc, rogó a la joven:

—Si es tan amable como la imagino, ordene de mi parte que venga la Sección de Urgencia. Ocúpese también de impedir que entren curiosos. ¿Hay teléfono en la casa?

—Utilizaré el del departamento contiguo.

—Bien. La esperamos.

Salió la muchacha, y los dos hombres, al quedar solos, cruzaron una mirada.

—¿Le importa contarme lo sucedido? Le ruego no omita las razones de su estancia en Nueva York. Antes dijo conocer a Michael Byron.

—No le engañé. Si no le importa, hablaremos mientras termino el desayuno.

—¿No le quita el apetito la contemplación de los cadáveres?

—Durante los años de estudio y en el ejercicio de mi carrera, aprendí a inmunizarme contra peligrosos sentimentalismos. Me inquieta, me angustia a veces, la seguridad de un enfermo, sus posibilidades de salvación. Apenas muere se relajan mis nervios y

siento el dolor de la impotencia, de la falta de medios de que dispongo para curar a quienes depositan en mí su confianza.

Mordió un emparedado, depositándolo después sobre la bandeja, y comenzó el relato de sus frustradas vacaciones, frustradas al menos en el sosiego del espíritu y en el descanso que necesitaba su organismo. Al referirse a su ignorancia de lo que era un «honkytonk», el inspector no pudo reprimir una sonrisa.

—Veo que es usted de los hombres con plena conciencia de su responsabilidad. Le felicito.

—Creo cumplir con mi deber.

Terminó su historia sin omitir la pelea con Michael Byron y el buen comportamiento de Jacqueline.

—No comprendo cómo esa muchacha soporta tal ambiente. Aunque algo endurecida, por los hombres con quienes se ve obligada a tratar, posee virtudes que quizá ella misma ignora.

—Gracias, Paul.

La joven, que había escuchado desde la puerta la última parte del diálogo, tomó asiento en uno de los sillones. Gerald Evatt, pensativo, ofreció cigarrillos y los tres fumaron en silencio.

—¿Qué hay de sus vecinos?

—Les dije que quisieron robarme y que un policía intervino a tiempo de evitarlo. Nada más. Di su recado.

—¿Podría telefonear yo?

—Es la puerta frontera. Quite importancia a lo sucedido. La señora va a tener un bebé dentro de unas semanas. Conviene evitarle sustos.

—Procuraré no olvidarlo.

El del Servicio Secreto abandonó la habitación. Jacqueline, tomando el bolso de Doris Hart, comentó:

—Era lo único que les interesaba.

—Sí —repuso White—. Hay algo extraño en todo esto. Me gustaría averiguarlo. —Apresuróse a rectificar—. Pero no pienso intervenir en más aventuras. Si es preciso, me alejaré de Nueva York.

Aplastó el cigarro en el platillo de la taza de café y paseó nervioso por la estancia. De una visita de turista a la estatua de Libertad, a testigo de la muerte de dos hombres, con grave riesgo de su vida. Por si faltara algo, el Servicio Secreto en acción indicaba

que las circunstancias habíanle mezclado en un grave problema. ¿De espionaje? Era indudable. Los delitos comunes eran de la competencia de la Metropolitana y no del

C. I. A.

o del

F. B. I.

El regreso de Gerald Evatt le sacó de su abstracción. El del «Central Intelligence Agency», sin preámbulos, dijo:

—Acabo de ponerme en contacto con mis compañeros de Filadelfia. Sus antecedentes no figuran en nuestros archivos, señor White.

El médico, sin desprecio pero con acritud, contestó:

—Tengo algo más serio en qué ocuparme. Si me necesita, Jacqueline, no vacile en acudir a mí. Vuelvo a Filadelfia.

El inspector, aparentando no reparar en tales palabras de despedida, preguntó:

—¿Le agradaría conocer la verdad? Tiempo tiene de marcharse. Le suplico unos minutos. Sentémonos.

Una mirada de la muchacha venció la duda de Paul.

—Bien. Le escuchamos.

Gerald Evatt guardó unos minutos de silencio, cual si ordenara las ideas antes de comenzar su historia.

—No sé si me excedo en mis atribuciones al confiarles la causa por la que esos dos hombres han muerto. Sin pretenderlo se han convertido en protagonistas de una de las incógnitas que apasionan al «Central Intelligence Agency». Desde hace unos meses alguien introducido en las altas esferas informa del traslado de cualquier documento de importancia o del lugar en el que se guarda. Lo demás queda a cargo de un grupo de «gángster», siempre distinto. Pudimos apresar a uno de estos hombres, enterándonos de que son contratados por un individuo que se hace llamar John, quien paga elevadas sumas. Posiblemente Michael Byron era el único que conocía al que, desde la sombra, está poniendo en peligro la seguridad de los Estados Unidos. Su relación con Doris Hart nos lo hizo sospechar.



—¿Espionaje soviético? —interrumpió Jacqueline.

—El Servicio Secreto no incurre en el error del gobierno centrando sus actividades en torno a los problemas planteados por los rusos, con olvido de momentos políticos tan peligrosos como los que atraviesa el mundo. Otros países poseen en Norteamérica amplias organizaciones controladas por nosotros, lo que no impide que destaque a alguno de sus mejores agentes para con mayor libertad, desconectados hasta de sus propios compañeros, conseguir datos valiosos sobre el progreso de nuestras armas.

—Comprendo —intervino White—. La paz y la concordia no obstaculizan una vigilancia, una guerra fría de los Servicios Secretos.

—Así es. Su amiga. Jacqueline, era miembro del «Deuxième Bureau». Las cosas del espionaje son difíciles de demostrar palpablemente. Sin embargo, existe la certeza. Su esposo, Vladimir Ivanovich, según le dije en mi despacho, está en la cárcel por haber matado a un miembro de la

M. G. B.

rusa. Se hizo creer al jurado que el odio ideológico motivó el crimen. Era incierto. Se trataba de una pugna entre la organización soviética y la francesa, también imposible de probar. En el bolso por el que estos dos hombres acaban de morir encontramos un plano detallado del Estado Mayor, con el emplazamiento de todas las estaciones de radar que protegen el país contra las incursiones aéreas de un hipotético enemigo. Estaba entre el forro. Lo descubrimos anoche y pusimos un papel en su lugar. Ha de disculparme que la haya utilizado de cebo, Jacqueline. Tenía la certeza de que apenas saliera los cómplices de Doris intentarían arrebatarle el bolso. No pensó que llegaran al asesinato por poseerlo, ni que Michael fuera uno de los que actuaran.

—Anoche mostró interés por el bolso. Me amenazó si no se lo entregaba hoy.

—¿Por qué no me lo dijo, Jacqueline?

—Lo había olvidado —contestó ella, con displicencia.

Gerald Evatt encajó el golpe, a juzgar por la seriedad de su semblante. Sin darse por aludido, tamborileando en el tablero de la mesa de fumador con los dedos, largos y delgados, hizo una pregunta que en nada parecía tener relación con el asunto.

—¿Aman ustedes a la patria?

Paul White fue el primero en responder.

—Yo, al menos, tanto como usted. ¿Y tú, Jacqueline?

—Es algo íntimo que a nadie importa. ¿Se cree el Servicio Secreto con derecho a fiscalizar mi alma?

El inspector del «Central Intelligence Agency», poniéndose en pie, acercóse a la ventana que comunicaba con la calle. Sus palabras impresionaron a los dos jóvenes:

—Es admirable la seguridad y la devoción que el pueblo

norteamericano siente por sus autoridades. Se saben amparados, y no se preocupan de otros problemas que de los suyos propios. Por eso las campañas de escándalo encuentran tanto eco. El que un soldado elija el comunismo en Corea y se repatrié después, siendo sometido a un tribunal militar, provoca oleadas de comentarios^[5]. No es un problema político el que se debate, sino algo que afecta a la familia. Para que la paz de los hogares no se quiebre, es preciso el anónimo sacrificio de un puñado de hombres, entre los que me honro en figurar. Por eso me angustia el fracaso. Ustedes han centrado la atención de aquéllos a quienes perseguimos. Si Jacqueline vuelve al «honkytonk», aparecerá muerta cualquier mañana por una dosis excesiva de hidrato de doral, o recibirá una cuchillada en cualquier calleja. A usted, doctor White, es posible que no le molesten, si tienen la certeza de que se entrega a su trabajo sin preocuparse por los trágicos sucesos de que fue testigo en Nueva York. Nosotros seguiremos en tinieblas mientras los enemigos del orden se apoderan de secretos que pueden ser vitales en un futuro próximo. Quizá un día, por la omisión de quienes se creen ajenos a la seguridad del país, mueran miles, millones de personas. Esos niños que juegan en los parques y esas mujeres que lo cuidan. Tal vez nuestras familias. —Gerald Evatt guardó silencio, en espera de una pregunta que no iba a tardar en producirse, formulada por Paul:

—¿Qué pretende insinuar?

—Necesito ayuda. Mando los grupos de choque del C. I. A, y no recibo otras órdenes que las del Comisario Jefe. Mis planes son los siguientes.

Sin dar tiempo a responder a los que le escuchaban, el miembro del Servicio Secreto comenzó a hablar, despacio primero, precipitado después. Cuando hubo terminado, preguntó a White y a la muchacha:

—¿Qué deciden?

El timbre de la puerta cortó la réplica de Jacqueline y Paul. El inspector del

C. I. A.

franqueó el paso a cuatro hombres provistos de pequeños maletines. Los recién llegados, tras unas breves palabras con Gerald Evatt, comenzaron su trabajo registrando minuciosamente los cadáveres,

fotografiándolos en varias posturas y buscando huellas en sus ropas. Actuaban en silencio. Al observar los rostros de los miembros de la llamada Sección de Urgencia, Paul dióse cuenta de que sus facciones eran enérgicas, reveladoras de una firmeza y voluntad inquebrantables. El había visto aquellas expresiones en los quirófanos. Miró a Jacqueline, sonriéndola.

—El señor Evatt exagera nuestra importancia. Al lado de sus colaboradores seremos una completa nulidad. ¿No te parece?

—Yo, sí. Tú, no. Los dos encuentros con Michael Byron te caracterizan como un verdadero luchador, a quien no intimidan ni el ambiente adverso ni las armas.

—No descuido la gimnasia. Eso es todo. ¿Qué respondes a la propuesta del inspector?

—¿Yo? ¿Y tú?

—No he decidido aún.

—Me sucede lo mismo.

La sonrisa de ambos jóvenes se hizo más amplia. Jacqueline Price estaba verdaderamente bella.

—No se impaciente, Gerald. Le visitaremos en su despacho después de dar un largo paseo por la ciudad. ¿Se queda con el bolso?

—Sí. Desde luego no conviene que nos vean juntos. Llámenme por teléfono en lugar de ir a verme. Yo fijaré el sitio de la entrevista. ¿De acuerdo?

—Por completo —repuso Jacqueline—. Cuando saquen los cadáveres y se vayan, deje la llave en el departamento desde el que llamó por teléfono.

—Así lo haré.

La muchacha y Paul White salieron de la habitación y del piso, a juzgar por el ruido de la puerta al cerrarse.

CAPÍTULO III

CARA A LA MUERTE

La empleada de la ventanilla de las Oficinas de Turismo Local, empresa que dedicábase exclusivamente a mostrar Nueva York y sus alrededores mediante una módica suma en la que se incluía el derecho a un cicerone, hizo un gesto de desagrado al ver al hombre y la mujer que acababan de penetrar. Faltaban diez minutos para el término de su trabajo, minutos que invertía en maquillarse a fin de salir rápidamente al encuentro de su novio, apenas sonase la hora.

—¿Qué desean? —inquirió, con gesto poco amable—. Sobre la mesa encontrarán nuestros itinerarios y precios.

—No queremos ver Nueva York, sino a alguien más pequeño con el que nos une antigua amistad —repuso Paul White, regocijado por el tono de fastidio de su interlocutora—. Se trata de Humberto Orlando.

—Marchó a las tres de la tarde con un grupo de italianos, en uno de los autocares de la compañía. Calculo que, como siempre que lleva a compatriotas suyos, se entretendrá más de lo previsto, llevando directamente el coche al garaje.

—¿Dónde está el garaje?

—Dos manzanas más abajo.

—Gracias. Esperaremos fuera su regreso. Vamos a darle una gran sorpresa.

White cogió del brazo a Jacqueline, saliendo de las oficinas para pasear por la amplia acera de la 42 Street, esquina a Drive Franklin D. Roosevelt. El paso de un tren eléctrico del «Elevated Railroads^[6]» les ensordeció.

Cuando el estruendo hubo cesado, la muchacha dijo:

—Aun no sé lo que te propones cerca de Humberto Orlando. ¿Por qué no llamamos al inspector?

—Más tarde. Primero he de hablar con ese guía. Mintió en Bedloe Island, al asegurar que llevaba cuatro años mostrando la estatua. Es su segundo mes de trabajo, según me informaron telefónicamente. Quiero asustarle. Tal vez él nos lleve a ese misterioso John, que tanto preocupa a los del servicio secreto. Después te invitaré a tomar una copa en el «honkytonk». Me prometiste que te despedirías. El «Central Intelligence Agency» te abonará honorarios superiores a los que ahora percibes, y yo te prometo una plaza de enfermera en cualquier clínica. Creo firmemente que a Doris Hart la asesinaron.

La joven palideció al escuchar tales palabras.

—Ello significa que no me has descartado como sospechosa. ¿No es así?

—En efecto. Más vale una verdad cruel que cien mentiras.

—¿Y no vacilas en admitirme como colaboradora?

—¡Deseo tanto equivocarme! El corazón, dominando al cerebro, me dice que no puedes ser culpable. Eres una mujer...

Un nuevo tren pasó procedente del municipio de Queens, ahogando las palabras del médico.

—¿Qué decías?

—Nada. Ahora concibo que Nueva York dé una alta cifra de histéricos y cardíacos.

¿Cómo podrán vivir con semejante ruido?

—Filadelfia tampoco es una ciudad tranquila.

—Para mí, sí. Habito en Poplar Street, cerca del hospital de San Germán. Allí hice las primeras prácticas de cirujano. Sólo necesito cruzar el río Schuylkill para encontrarme en el Fairmount Park, el principal punto de recreo de la ciudad, y uno de los más hermosos de la Unión. Salvo algunos edificios centrales, las casas constan de dos o tres pisos, y son construidas de ladrillo rojo, con adornos y escaleras en mármol blanco. Mira. Ahora concibo el mal humor de la empleada. Pensó que íbamos a retrasarle el dúo. —Señaló a un hombre y una mujer que, tras besarse, se alejaban muy cogidos del brazo—. A propósito, ¿nunca estuviste enamorada?

—Me repugna el sexo contrario.

—Gracias. ¿No exceptúas a nadie?

—En absoluto. ¿Tardará mucho ese italiano?

—Imposible saberlo. A mí no me desagrada permanecer a tu lado, Jacqueline.

—¿Vas a hacerme el amor?

Por tercera vez les ensordecíó el paso de un ferrocarril eléctrico. Con una amplia sonrisa, White repuso:

—Aquí no, desde luego. Es imposible fundir el sentimentalismo con la técnica. ¡Lástima que en los bares no admitan mujeres! Tomaría con gusto una copa de coñac.

—Por mí no te prives. Frente a nosotros hay un establecimiento de bebidas.

—Prefiero estar contigo. Si te repugno me apartará un poco. Concibo tu odio a los nombres después de conocer a Michael Byron y a los que asiduamente visitan el «honkytonk». ¡Mala ralea!

Jacqueline Price no contestó. Le agradaba Paul, pero no se lo demostraría a fin de evitar un posible atrevimiento por parte del joven que rompiera la apenas iniciada amistad. Sin embargo, la muchacha notaba en sus venas el rápido paso de la sangre y en las pulsos y en las sienes aumentaron los latidos. El médico era el hombre con el que tantas veces soñó, fuerte y valiente capaz de enfrentarse por ella a todos los peligros y de situarse en la vida con tesón y esfuerzo.

—¿Quieres fumar? —invitó él.

—No. ¡Mira a ese vehículo!

Señaló a un autobús de viajeros en cuyos laterales, letras pintadas en rojo sobre fondo blanco y azul, leíase el nombre comercial de la empresa de turismo.

—Condure nuestro hombre. Esperaremos a que salga.

El autocar, tras una dificultosa maniobra que provocó un sonoro concierto de «claxons», pudo penetrar por la ancha puerta del garaje, desapareciendo en su interior. Minutos después, Humberto Orlando alcanzaba la ancha acera, en la que se detuvo unos segundos.

Paul y Jacqueline, que se disponían a abordarle, se pararon bruscamente al ver que un negro «Studebaker» se acercaba a la acera a gran velocidad. Al llegar a la altura del italiano, varios disparos se impusieron a la baraúnda del tráfico.

El coche, que no se había detenido, emprendió una rápida fuga. Algunos transeúntes corrieron, y no pocos ocultáronse en los portales inmediatos.

White, reaccionando con la prontitud del hombre a quien no intimida la muerte, acercóse a Humberto Orlando, y se inclinó sobre él. Una ráfaga de proyectiles le había alcanzado en el pecho. El guía abrió los ojos. Al reconocer a Paul y Jacqueline, balbució:

—¡Han sido... ellos!

—¿Quiénes? ¿Empujó usted a Doris Hart? ¡Hable!

El rostro del italiano adquirió pétrea inmovilidad. El joven, cerrándole los ojos, se puso en pie.

—Se ha llevado su secreto al otro mundo. Telefonea al inspector, Jacqueline. No me moveré de aquí. Hazlo desde el garaje.

Los curiosos comenzaron a aglomerarse en torno a White, quien respiró satisfecho al sentir una voz autoritaria.

—Dejen paso... Reanuden su camino.

El agente de la Policía Metropolitana experimentó viva sorpresa al ver el cuerpo de Humberto Orlando acribillado por las balas, y a su lado, en pie, a Paul.

—¿Qué ha sucedido?

—Le dispararon desde un automóvil. Soy módico.

—¡No le crea! ¡Es el asesino!

White volvióse con asombro al escuchar tal acusación, y pudo ver a la empleada de la agencia. Un murmullo de amenaza elevóse en el aire.

—Es muy grave lo que afirma, señorita —dijo el policía—. ¿Le vio cometer el crimen?

—Estuvo preguntando por Humberto Orlando en la agencia, y aseguró que eran antiguos amigos. Le acompañaba una mujer, y quedaron en esperarle. Me marchó. Al cruzarme con el autocar, vine para comunicarle el trabajo de mañana y evitarme una visita a su casa. Mi deber era esperarle. —Señaló con el índice a Paul—. ¡Él le ha matado!

Por fortuna para Paul, muchos de los que le rodeaban presenciaron la agresión. Al intentar explicárselo al agente, formóse un confuso griterío. El de la Metropolitana, alzando ambos brazos, reclamó silencio.

—¿Quién de ustedes quiere avisar a la Jefatura del distrito?

—No es necesario —opuso White—. Mi amiga acaba de llamar al inspector Gerald Evatt. ¿Le localizaste, Jacqueline?

—Sí. Vendrá enseguida.

El policía, desconcertado, miró a los dos jóvenes:

—¿Quiénes son ustedes?

—Según esa señorita, los asesinos. Vea mi carnet.

Entregó la credencial del Colegio de Médicos de Filadelfia, que el agente no quiso examinar.

—Ya le interrogarán en Jefatura. ¿Es usted el encargado del garaje?

—Sí —repuso un hombre, vestido con un mono azul.

—Llame al Distrito, y comuniqué lo ocurrido. No debo moverme de aquí. No interrumpen la circulación. ¡Vamos!... Cada uno a lo suyo. Quédense únicamente los testigos presenciales del hecho.

Llegaron dos nuevos policías, y poco después el inspector Gerald Evatt se apeaba de un pequeño «Ford».

—Hola, Paul. No esperaba verle: tan pronto. Usted y Jacqueline tienen especialidad en cadáveres. ¿Le dispararon desde un coche?

Mostró su documentación a uno de los agentes de la Metropolitana para proceder a un minucioso registro del muerto, cuyos objetos fue depositando en un ejemplar del «New York Herald».

—Sí. ¿Cómo lo adivinó?

En los labios del inspector dibujóse la sonrisa de superioridad que tanto irritaba a la muchacha.

—Es un viejo método del «gangsterismo». Le alcanzaron con una ráfaga de metrallera. Es posible que emplearan una «Thompson». Vengan conmigo. Charlaremos en cualquier parte.

Ante el desconcierto de la empleada que acusó a White del crimen, y el respeto de los tres agentes que custodiaban el cuerpo. Jacqueline y Paul subieron al «Ford», que emprendió la marcha para cruzarse a unos cientos de metros con un vehículo de la Patrulla Móvil.

El hombre del Servicio Secreto conducía hábilmente, sorteando los obstáculos con temeridad. Por Park Avenue llegó a la Calle 34, deteniendo el vehículo a la puerta de la Oficina de Correos.

—Pasaremos inadvertidos entre el público. Todas las precauciones son pocas. El asesinato del cicerone nos demuestra

que nuestros enemigo no se detienen ante nada.

El vestíbulo del «Post Office» era una amplia sala con pavimento de mármol, rodeada de ventanillas tras las cuales hombres y mujeres despachaban la correspondencia con la rapidez de una perfecta organización. Gerald, Paul y Jacqueline se situaron en uno de los extremos.

—Le escucho, señor White.

El médico hizo un breve relato de lo ocurrido, terminando:

—De retrasarse el ataque unos minutos, quizá nos hubieran alcanzado también los proyectiles. Las últimas palabras de Orlando fueron: «¡Han sido ellos!». Es indudable que conocía a los que le dispararon. ¡Otra pista que se esfuma!

—Sí —repuso el miembro del Servicio Secreto—. ¿Qué hay de mi proposición? Ahora les necesito más que nunca, pero no me atrevo a insistir. El riesgo es...

—Lo sabemos —le interrumpió Paul—. Cuento con Jacqueline y conmigo. Vinimos en busca del guía coa ánimo de interrogarle a título particular.

—En lo sucesivo lo harán oficialmente. Tengan. Son dos credenciales del

C. I. A.,

expedidas a sus nombres.

—¿No le da miedo que hagamos mal uso de estos papeles? —inquirió Jacqueline.

—Confío en ustedes. Actuaron con independencia, y estuvo a punto de costarles cara su osadía. En lo sucesivo limítense a seguir mis instrucciones, poniéndome al corriente de cualquier novedad.

—¿Se ha mantenido en secreto la muerte de Michael Byron?

—Sí. El que le acompañaba era un indeseable. Llegó a los Estados Unidos hace cinco años. Bien. Deberán comunicar conmigo a las horas previstas. ¡Ah! Usted ya tiene un arma, Jacqueline. Se la puse en el bolso. No pertenecía a Doris. Tenga, Paul, Tal vez la necesite.

Con disimulo entregó al médico una automática plana, que el joven apresuró a guardar en uno de sus bolsillos.

—Desearía no tener que utilizarla.

—Conviene ir prevenido. ¿Les llevo a algún sitio?

—No. Es preferible que no nos vean juntos. No hago sino repetir

sus palabras.

—Buena memoria. Adiós, y suerte.

—Lo mismo le deseamos.

El inspector abandonó la Oficina de Correos. Jacqueline y Paul se miraron. Ella fue la primera en romper el silencio:

—Gerald parece nervioso.

—Sí —fue la respuesta de White—. ¿Cenamos donde la otra vez? He de hacerte una rara proposición. No; todavía no es de matrimonio.

La joven, enojada por el sarcasmo, encaminóse a la puerta. Paul hubo de cogerla del brazo para que no se mezclase entre la multitud que se apiñaba en el cruce de Broadway con Park Row.

—¡Suelta!

—No seas chiquilla. Era una broma.

—Ya sé que no me consideras digna de llevar tu nombre. ¡No me casaría contigo aunque fueses el único hombre sobre la tierra!

—Cálmate. No creí que ibas a enfadarte. Es absurdo que nos disgustemos. Tantas veces te he ofrecido mis disculpas, que no me importa hacerlo una vez más. ¿No te gustaría demostrar a Evatt que no es preciso pertenecer al Servicio Secreto para resolver un pleito como el que le preocupa? Por la expresión de tu cara veo que sí. En el restaurante te contaré mis planes. Espero obtener mejores resultados que siguiendo las instrucciones del inspector...

* * *

—No me mire con rostro de amenaza —advirtió White—. No vengo en son de pelea.

Conoce la eficacia de mis puños. No me disgustaría ser un camarero del «honkytonk».

Arthur Mencies, dueño del establecimiento, miró inquisitivo a su interlocutor.

—Aquí no hay otra autoridad que la mía.

—Lo sé. Jacqueline me lo ha dicho. Estoy enamorado de esa chica, y antes que emplearme en otro sitio, prefiero hacerlo cerca de ella. Durante el trabajo olvidaré lo que no sean sus órdenes.

—¿Da por hecho el que le admita?

—Le interesan hombres que, como Michael, sepan hacerse

respetar.

Paul White, en pie, en espera de la respuesta, miró en derredor suyo. Hallábase en un despacho contiguo al salón del «honkytonk», en el que había una mesa, varias sillas y dos armarios. Arthur Mencies, con la mano sobre el auricular telefónico, sonrió.

—Presencí la pelea desde aquí.

Mostró al médico un ventanillo, desde el que se divisaba el local.

—Un buen observatorio.

—Todas las precauciones son pocas, A veces vienen policías, y entonces me basta dar una orden para que se enciendan las luces, y las relaciones entre muchachas y clientes se desarrollen con perfecta normalidad. Tendrá veinte dólares a la semana, y si se hace acreedor a mí confianza, le encargaré algunos trabajos especiales que le permitirán cobrar doble suma. No necesito camareros. Se limitará a permanecer en uno de los extremos del mostrador, dispuesto a impedir que nadie promueva alborotos o imponga, por la fuerza, como usted quiso hacerlo, su autoridad. ¿Qué hizo antes? Lleva buena ropa.

—Tuve suerte. Me gustan los tipos como Michael. Procuraré reconciliarme con él. No le vi al entrar.

—Es la primera vez que se retrasa. Disfruta en este ambiente. Pega fuerte, ¿eh?

—Mucho, creo que en mi triunfo intervino también la casualidad. Es un adversario de cuidado.

Los dos hombres se observaron unos minutos. El dueño del honkytonk sacó dos habanos del cajón central de su mesa, ofreciendo uno a White.

—¿Quiere?

—Gracias. Deme algo a cuenta. Apenas me restan unos dólares. ¿Nos hacen precio especial en el mostrador?

—Lo que beba es gratis, siempre que no se exceda hasta el extremo de convertirse en un ser inútil. Tome una semana adelantada.

—De acuerdo, jefe.

Apenas fuera del despacho, Paul no pudo contener una sonrisa. Aunque el sentido común le recriminaba haberse mezclado en la aventura, el impulso juvenil incitábale a la acción. Al acodarse en la barra y pedir un *whisky* «por cuenta de la casa», los camareros le

miraron con sorpresa. Ninguno se atrevió a preguntarle nada por respeto al que supo vencer a Michael Byron.

Mientras bebía recordó el consejo de Jacqueline: «Procura no tener a nadie a la espalda». De descubrirse su doble personalidad, su contacto con el «Central Intelligence Agency», su condición de médico, habría de hacer cara a la muerte en desfavorables circunstancias. Mas ¿a qué inquietarse por una probabilidad tan remota?

Giró la mirada en torno suyo. La, muchacha le enseñó algunas frases del argot empleado en tales establecimientos. A los clientes se les denominaba «buen John» o «mal John», según se dejaran estafar o no. Eran preferibles hombres casados. Jamás reclamaban, por temor al escándalo.

Un asco profundo comenzó a invadir a White. ¿Por qué permitían las autoridades tales tugurios? Era uno de los absurdos de las leyes norteamericanas, tan severas en unos casos y tan débiles en otros.

Apagáronse súbitamente las luces. El instinto avisó a Paul de un inmediato peligro y, sin meditarlo, dejóse caer al suelo, desenfundando la automática. Oyéronse gritos femeninos, y White escuchó un ruido seco a su espalda, que no pudo descifrar.

—Luz... ¡Luz! —exclamaron, desde diversos lugares del salón.

Al iluminarse de nuevo el «honkytonk», nada había sucedido en apariencia. Pero en la parte alfa del mostrador, a la altura del pecho del médico, vibraba un puñal. Paul, sin desconcertarse, cubriendo el arma con el cuerpo, la arrancó de la madera, colocándola en su cinturón. Dos camareros, que le observaban, le vieron sonreír y escucharon sus palabras:

—No me desagradan los regalos. Iba a comprar un cuchillo. ¡Dadme otro *whisky*!

Bebió el licor de un sorbo y, ostensiblemente, extrajo un cigarrillo de su pitillera para encenderlo con pulso firme, sosteniendo el fósforo entre sus dedos hasta verlo consumirse. Jacqueline, aproximándosele, le dijo:

—Te han hecho un buen recibimiento.

—Sí. Me agradecería saber quién me tiene tanta estima. ¡Será mejor para él que no me entere!

Su amenaza hizo palidecer a los que se hallaban próximos a él, y

aparentando no haber reparado en la agresión. A los acordes de un estridente *boogie-boogie*, numerosas parejas, dulcemente enlazadas, entregábanse a la alocada danza.

—¿Te admitieron, Paul?

—Sí. El cuchillo vino en la dirección en que tú estabas. La muchacha, enrojeciendo, repuso:

—¿Vuelves a acusarme?

—Me limito a consignar un hecho. Ten cuidado con los que te rodean. Hay un total de seis hombres y otras tantas chicas, contándote a ti. ¿Sabes arrojar un puñal a distancia?

Jacqueline Price, sin responder, dio media vuelta, alejándose de White, cuya reputación de hombre valeroso y frío aumentaba a los ojos de quienes presenciaron el cobarde ataque. Era lo que pretendía Paul, a fin de hacerse acreedor a esa confianza a que hizo alusión Arthur Mencies. ¿Quién y por qué le agredió? Era absurdo descartar a su joven amiga, cuyo comportamiento continuaba siendo extraño.

En un alarde de jactanciosa serenidad, anduvo por entre las mesas examinando los rostros de los que las ocupaban. Ninguno era conocido.

De nuevo junto al mostrador, pasó revista a los últimos acontecimientos. El asesinato de Humberto Orlando, preocupándole, le hizo pensar que se hallaba en el cubil de la fiera, cara a la muerte. ¿Y si se equivocaba?

Tal vez en el «honkytonk» se limitasen a asuntos propios — contrabando de licores y divisas— y no tuvieron participación alguna en el caso de espionaje. ¿Por qué no comunicar su éxito inicial a Gerald Evatt? Desechó la idea. Aquel hombre no admitía otros planes que los suyos propios.

Transcurrieron las horas sin que nada turbara la paz del establecimiento donde el engaño y la estafa eran habituales. Al terminar su jornada con las primeras luces del alba, fue a pedir órdenes a Arthur Mencies, y le informó de la agresión de que había sido objeto.

—Me temo —repuso el dueño del «honkytonk»— que en su vida se haya creado muchos enemigos. Vuelva mañana a las diez de la noche.

Jacqueline Price le esperaba en la calle. El joven, tomándola del

brazo, le refirió su último diálogo con Mencies.

—Me voy a dormir. Tengo un sueño feroz.

—¿Por qué no lo haces en mi casa? El diván del cuarto de estar es convertible en cama. Por vez primera en muchos años siento miedo de quedarme sola. ¡Cada vez que sonrías así, me dan ganas de arañarte!

—Eres muy suspicaz.

—No olvido tus sospechas. Voy a contestarte a la pregunta. Sé arrojar un puñal a distancia.

En los ojos de Jacqueline había un reto que regocijó a White.

—¿De veras? Aumenta mi prevención contra ti, lo que no impide que me agrade cobijarme bajo el mismo techo.

—Como dos hermanos —previno la muchacha.

—¡Claro! Dormiré con un timbre de alarma en la puerta de tu alcoba para prevenirme contra ti... en el sentido de la violencia, no en el amoroso. ¡De una estatua no puede esperarse nada humano!

Paul esperaba una dura réplica de la joven, que no se produjo. Caminaron en silencio, cruzándose con grupos de obreros. White, ante el prolongado mutismo de su compañera, propuso:

—¿Tomamos un taxi?

—Tú verás. Siempre hago el recorrido a pie. No puedo permitirme esos lujos.

—No romperemos la tradición. Me agrada sentir la caricia del aire tras toda una noche encerrado en el tugurio. ¿No temes los comentarios de la vecindad, cuando vean un hombre en tu departamento?

—En Nueva York nadie se escandaliza por apariencias.

Continuaron el camino. En la esquina de la Calle 43 y la First Avenue tomaron el «elevado», que les condujo a las inmediaciones del domicilio de Jacqueline.

Ya en la casa, la muchacha preparó unos emparedados. Al inclinarse sobre el diván a fin de convertirlo en cama para White, su rostro adquirió de pronto tal rigidez, que el médico aproximóse a ella y preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—¡Escucha!

A los oídos de Paul llegó un leve
«tic-tac»,

que le hizo palidecer.

—¡Vamos fuera! ¡Pronto!

Sin aguardar la conformidad de la muchacha, tomando su bolsa en la mano izquierda, la obligó a salir del domicilio. Apenas en el pasillo, una explosión les hizo estremecer.

—¡Dios mío! —musitó Jacqueline.

—¡Salgamos! Nos veremos envueltos en molestos interrogatorios.

Descendieron los dos pisos que les separaban de la calle. Ya en el exterior, siempre del brazo de White, Jacqueline dióse cuenta de que por las ventanas de su departamento surgían grandes llamaradas. No opuso resistencia a Paul, quien fe condujo a Eastern Parkway.

—Es indudable que la Providencia nos protege. De no habérsete ocurrido que durmiera en el sofá...

—Por segunda vez me salvas la vida, Paul.

—Al propio tiempo me ocupo también de mí. Creo, Jacqueline, que debes abandonar Nueva York. Alguien conoce todos nuestros pasos, y se ha propuesto eliminarnos. Veamos a Gerald Evatt. Es necesario que él nos aconseje.

—¿Y tú? ¿Te irás también?

—Creo que no. Acepto el reto del misterioso criminal. ¡He de descubrirle!... ¡Taxi!

¡Taxi!...

Un vehículo, que pasaba a corta distancia de Jacqueline y Paul, acercóse a la acera, siendo ocupado por los dos jóvenes. White dio al chófer las señas del despacho oficial del inspector del Servicio Secreto.

—Tal vez tengamos que esperarle.

Paul se equivocaba. Evatt les recibió inmediatamente. En su rostro había huellas de fatiga.

—Pensaba irme a descansar —dijo—. Supongo que vienen a comunicarme algo de importancia, que no puede ser dicho por teléfono.

—Así es —repuso White.

Mientras Paul hablaba, el rostro del inspector reflejaba el interés que el relato le producía...

CAPÍTULO IV

SITUACION DESESPERADA

Terminaba White de afeitarse, cuando sonaron unos leves golpes en la puerta de su habitación.

—¿Quién es? —inquirió.

—Soy yo, Jacqueline.

—Espera un momento.

El joven guardó la máquina eléctrica en uno de los cajones y, anudándose la corbata, se puso la americana, franqueando la entrada a la mujer.

—Temí que aun estuvieras durmiendo.

—Me levanté hace unos minutos. ¿Descansaste bien?

—Sí. Vengo de la calle, de comprar ropa. Mi equipaje fue abrasado. Según la prensa de la tarde, ha ardido media casa. No se menciona mi nombre. Gasté todo el dinero que Evatt me entregó en concepto de reparación por las pérdidas. ¿Te gusta el vestido?

—Me gustas tú... y el vestido. Fue suerte que hubiera una habitación desalquilada en el hotel y, por si fuera poco, contigua a la mía. Así estaremos juntos sin estarlo, y no hay peligro de que se funda el mármol de la estatua... Una estatua perfecta.

Jacqueline sonrió. Llevaba un traje gris, de amplio escote, con las mangas al codo. La tela amoldábase a su cuerpo, destacando la armonía de las femeninas líneas.

—Me he propuesto no enfadarme contigo. ¿Sabes qué hora es?

—Las seis de la tarde. Acabo de verlo. ¡Tengo un hambre atroz!

—¡Yo también! Comeremos en cualquier restaurante. Nos servirá también de cena.

—¿No te da miedo volver al «honkytonk»? —inquirió el médico.

—Si tú estás cerca, no.

—Salgamos.

—Aguárdame en el vestíbulo. Voy a coger una chaqueta de lana, por si refresca.

—Es lástima que tapes tus brazos. Son preciosos.

—¿Anatómicamente?

Paul, con un gesto cordial, repuso:

—Desde luego.

Separáronse para reunirse a los pocos minutos en el vestíbulo. Ya en la calle se dirigieron al más próximo restaurante, saciando el apetito. La muchacha quiso abonar su parte en la comida pero el médico se opuso:

—Estoy criado a la antigua, a la española. Si has vivido en Francia, sabrás que las damas son siempre invitadas de los caballeros. En Filadelfia aún se respetan estas costumbres. Sólo los jóvenes asimilan las enseñanzas modernas, de las que no soy partidario.

El tono, levemente irónico, de la voz de White ocultaba una firmeza a la que Jacqueline no supo oponerse.

—Bien.

—Así me gusta. ¿Por qué no entramos en un cinematógrafo de cesión continua? No me apetece caminar sin rumbo fijo, expuesto a recibir el mismo trato que Humberto Orlando.

—Como quieras. Si tú pagas, tú mandas.

Penetraron en el «Washington», junto a la plaza del mismo nombre, entre Broadway y Sixth Avenue. La película «Operation Hurricane» realizada por el ministerio británico de Abastecimiento, detallaba la prueba de explosión atómica de Monte Bello, destacando el secreto con que fue llevada a efecto y las precauciones adoptadas para impedir el trabajo de los Servicios Secretos de diversas potencias. Cuando abandonaron la sala, Paul dijo:

Celebro haber visto este «film», le he dado cuenta de la importancia que tiene para la paz y la civilización el contribuir al exterminio de los espías y saboteadores, favoreciendo el desarrollo industrial y técnico de la patria. ¿No opinas lo mismo, Jacqueline?

—Sí.

—Vamos al «honkytonk». No quisiera llegar tarde. Tomaremos un «bus».

Los jóvenes ignoraban que el día iba a ser pródigo en emociones. Al llegar al establecimiento, un agente de la Metropolitana les abordó en la puerta.

—¿A dónde van?

White, previniéndose, contestó:

—A tomar una copa. ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—Busquen otro sitio. Abajo no encontrarán más que disgustos.

—¿Ocurre algo? Vea.

Mostró por vez primera su credencial del Servicio Secreto. El policía, llevando su mano derecha a la gorra, apresuróse a responder:

—Perdone, señor. Realizamos un registro en busca de narcóticos. Al parecer se han encontrado pequeñas cantidades.

—¿Clausurarán el «honkytonk»?

—Por una larga temporada. Abajo interrogan al dueño.

—Gracias. Mantenga en privado mi identidad. Espera a que salga, Jacqueline.

Con paso rápido dirigióse al interior, seguido de la muchacha, que no se conformaba con el papel de espectadora. Paul White sonrió pero nada dijo en contrario. En el último recodo de la escalera los dos jóvenes se detuvieron. La voz de Arthur Mencies alzóse en el aire:

—¡No sé nada de lo que dicen! Es la primera vez que veo esas drogas. Alguien pretende perjudicarme.

El tono con que el dueño del «honkytonk» pronunciaba tales palabras, parecía sincero.

La respuesta, dada en tono áspero, previno a Paul.

—Ya tendremos tiempo de hablar de eso. Es absurdo que perdamos el tiempo aquí.

Sus empleados nos aguardan en el coche celular, Mencies. ¡Vamos!

White y la muchacha apresuráronse a subir los escalones de madera. En la calle, el de la Metropolitana volvió a saludarles, al alejarse del establecimiento que acababa de sufrir los rigores de la Ley. Paul iba abstraído, sin darse cuenta de lo que sucedía en torno suyo.

—¿Qué te ocurre? —inquirió ella.

—Pensaba en el nuevo fracaso. No hemos de descartar la idea de que la denuncia y quizá los narcóticos fueran introducidos por el mismo a quien perseguimos, en su afán de borrar posibles huellas.

—¿Avisamos al inspector?

—No. Estoy harto de oírle. Sus proyectos no son coronados por el éxito.

—Los nuestros tampoco.

White se detuvo para mirar a la muchacha.

—Tienes mala memoria. El haber conseguido que Arthur me admitiese a sus órdenes podía significar mucho. Buena prueba de que no me equivoco es que intentaron asesinarme.

—Tal vez estés en lo cierto. ¿Qué haremos?

—Esperar. Creo que el misterioso John al que Gerald Evatt se refirió, se ha propuesto eliminarnos. ¡Sería lamentable que lo consiguiera!

—¿Bromeas?

—¿Qué hay de malo en ello? No me agradan los muertos con cara de muerto. Prefiero que me encuentren sonriente, a no ser que los proyectiles me desfiguren el rostro.

—¡Paul! ¿Quieres asustarme?

—No. ¿Conoces el último censo del Gran Nueva York? Entre Manhattan, Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond suman doce millones ciento sesenta mil habitantes. Entre esos seres hay un hombre cuya identidad ignoramos. Tenemos que encontrarle antes de que él, amparado en tal masa humana, conocedor de todos nuestros pasos, caiga sobre nosotros por la espalda. Observa los coches que cruzan el Third Bridge. En cualquiera de ellos puede ocultarse, provisto de una ametralladora. ¡Vete a Filadelfia! Tengo amigos que no vacilarán en acogerte, si yo se lo pido.

En la voz de Paul vibraba una angustia que esforzándose en vano en disimular. La muchacha, conmovida, inquirió:

—¿Y tú?

—Es la segunda vez que me haces la misma pregunta. Estamos hablando de ti.

—Yo me quedo.

Reanudaron el camino. Al cruzar el pequeño puente sobre el río Harlem, Jacqueline, recordando las anteriores palabras de White,

cogióse de su brazo. Sus dedos temblaban. El, al observarlo, le acarició la mano en un irreprímible ademán de afecto.

—No temas. La Providencia seguirá ayudándonos. Bailemos en cualquier «*night-club*».

¿Conoces alguno digno? No seas suspicaz. No es una ofensa sino una pregunta.

La tensión que había surgido en el semblante de la muchacha suavizóse con la última frase.

—Sí. Hay uno en la avenida Madison, frente al museo. No estamos lejos de él.

—Iremos a pie. Nos hemos levantado hace unas horas y considero absurdo regresar al hotel, unas copas de champaña nos harán sentirnos más optimistas. Necesitamos cansarnos para que el miedo no turbe nuestro sueño.

—¿Miedo, Paul?

—A lo desconocido. El peligro no me inquieta. Me angustia no saber en qué momento puede asaltarme la muerte.

No hablaron más hasta no hallarse en uno de los más populares *cabarets* de Manhattan. Aunque ambos se esforzaron en aturdirse, no lo consiguieron. A las tres de la madrugada, Jacqueline rogó:

—Vámonos ya. ¿No te importa?

—Iba a pedírtelo.

Tomaron un taxi para trasladarse al hotel. Junto a la habitación de la muchacha, White la aconsejó:

—Cerciórate de que la ventana y la puerta...

—Todas las precauciones están tomadas —advirtió una voz, ante ellos—. ¡Quieto, Paul! Del cuarto de Jacqueline habían surgido dos hombres, armados de revólveres. White, al reconocer al que hablaba, no pudo contener una exclamación de asombro:

—¡Arthur Mencies!

—El mismo. ¡Pasad antes de que me vea obligado a mataros! He venido a hablar con vosotros.

Paul y la muchacha, comprendiendo lo absurdo de ofrecer resistencia, penetraron en la alcoba. El dueño del «honkytonk», a quien el médico suponía encarcelado, le arrebató la pistola, apoderándose también de la automática que Jacqueline llevaba en el bolso de mano.

—Así charlaremos mejor —dijo con ironía—. Comprendo

vuestra sorpresa. Me suponíais preso; ¿no es así? Os equivocabais. Me pusieron en libertad, convencidos de mi inocencia. ¿Sabéis cómo se pagan las traiciones?

—Ignoro a qué te refieres —contestó White—. Fuimos al «honkytonk», y al verlo rodeado de policías nos metimos a bailar en un «night-club». ¿Cómo averiguaste nuestro paradero? No comprendo tu actitud. Me alegro de saberte libre.

Paul que vigilaba a sus enemigos en espera de una distracción que no se producía, dio un paso hacia adelante, en actitud conciliadora. Arthur Mencies y el «gángster» que le acompañaba, uno de sus guardaespaldas, curvaron sus dedos en los gatillos de las pistolas.

—¡Quieto!

—Ya lo estoy. ¿Qué bicho os ha picado? ¿De qué me acusas, Mencies?

—De haber introducido narcóticos en mí despacho, avisando después a los federales.

¡Ningún otro pudo hacerlo! Pensó disparar apenas abriérais la puerta de la alcoba. No lo hice porque quería ver en vuestros rostros el terror. Una bala es muy piadosa cuando se recibe por sorpresa. No lo es tanto si se espera. Deseaba que supieses tu fracaso, el de los dos, mejor dicho.

—¡Jacqueline no tiene nada que ver conmigo!

—¡Es tu cómplice!

Los ojos de White miraron con avidez a sus enemigos. ¡No se descuidaban! La idea de que en breve su carne y la de la muchacha iban a desgarrarse por el plomo de los «gángsters», le hizo palidecer. ¡Moriría luchando! Quiso ganar tiempo.

—¿Y si estuvieras equivocado, Arthur? ¡Te aseguro que no lo hice!

Una sonrisa sarcástica, despreciativa, del dueño del «honkytonk», le enfureció.

—¡Digo la verdad!

—Peor para ti. ¿Qué fin perseguías poniéndome en manos de las autoridades? ¿Quién te pagó para que lo hicieses? Si contestas a esas dos preguntas perdonaré a Jacqueline. Ella me gusta, y la dejaré con vida.

Una mueca amarga dibujóse en el rostro de Paul. Al menos

salvaría a la joven.

—Veo que no queda otro remedio que cantar claro. Soy un confidente de la Metropolitana, y cobro veinticinco «pavos» por cada informe. Hay alguien en el

C. I. A.

a quien no le es simpática tu taberna. El me entregó la droga, amenazándome con encarcelarme si no le obedecía.

—¿Quién es ese hombre?

—El inspector Gerald Evatt White, que observaba todas las reacciones de sus enemigos, se asombró al percibir un brillo extraño en los ojos de su antagonista. ¡Si desviara la pistola una pulgada a la izquierda...! El otro forajido encañonaba a Jacqueline. Inesperadamente, Arthur Mencies adelantó unos pasos, golpeando al médico con el cañón del arma. Paul, sorprendido, retrocedió, notando que por sus labios se deslizaba la sangre. Por un instante pensó en arrojarle contra el malhechor, pero supo contenerse.

—¿No me crees?

—Gerald Evatt fue a ponernos en libertad. Bastó que mostrase un carnet y conversara en voz baja con el que me detuvo. Inventa otra historia, si quieres salvar a la chica.

El estupor del médico fue tan grande, que guardó silencio durante unos instantes. Lo que Arthur Mencies afirmaba era cierto. De no ser así, ¿cómo iba a conocer al agente del Servicio Secreto?

—Quizá Evatt no se conforme sólo con encarcelarte, y quiera que te tuestes en la «silla».

White utilizaba el argot de los bajos fondos, aprendido a su paso por las salas de los hospitales, refugio de gentes de toda condición, en el afán de hacer más verosímiles sus palabras. Deseando salvar a cualquier costa a Jacqueline, añadió:

—En mi cartera encontrarás un documento del

C. I. A.

expedido a mi nombre. Me lo facilitó Gerald Evatt para librarme de sus compañeros. Me encuadró en el organismo secreto, pues en él, en las fuerzas de choque, militan hombres de dudoso pasado que ambicionan regenerarse. Es una prueba que no deja lugar a dudas. No podía llevarla preparada creyéndote detenido.

Arthur Mencies, ante tan convincentes palabras, ordenó a su cómplice:

—¡Cúbrele y no te distraigas, Tuner! Es un tipo peligroso.

—Le vi luchar con Michael Byron. Quizá él sepa qué fue de nuestro compañero.

—Ya hablaremos de eso. No tenemos prisa.

Paul esperaba que el dueño del «honkytonk» se interpusiera, aunque no fuese más que una fracción de segundo, entre el otro «gángster» y él. No sucedió así. Mencies dio un rodeo para no ofrecer ninguna oportunidad a su enemigo.

Al apoderarse de la credencial entregada por el inspector del Servicio Secreto, Arthur dudó unos segundos.

—Puede ser cierto lo que afirmas.

—¿Cumplirás tu palabra de respetar la vida de Jacqueline?

—Sí. Ya te dije que me gusta. ¿Qué hiciste con Michael?

—Les esperó en una calleja. Lo demás puedes imaginártelo. Cualquiera día aparecerá su cadáver en el East River. Le acompañaba otro de sus matones, y tuve que «liquidarle» también.

El aplomo de White impresionó a Mencies y al que le acompañaba, el cual, frunciendo el ceño, apremió:

—¿A qué esperamos? ¡Démosle pasaporte!

La muchacha, que había permanecido en silencio admirando el valor de Paul y su generosidad al mentir para que a ella nada le pasase, gritó al ver cómo Mencies apretaba más la culata del arma:

—¡Tira también contra mí! Poseo otro documento igual que el que acabas de guardarte en la cartera. ¡Apenas me sea posible, te denunciaré por asesinato!

—¡Jacqueline! —exclamó White.

—¡Digo la verdad! ¡Dispara ya, Arthur! ¡Eres un cobarde, un miserable!

Pese a la gravedad de la situación, el médico hubo de admirar la belleza de una Jacqueline totalmente desconocida para él. No era la joven de aspecto frío, incapaz de apasionarse, sino una mujer que vibraba con cada palabra. Su pecho alzábase a impulsos de la agitada respiración.

—¡Sálvate! —exhortó Paul—. Promete a Mencies guardar silencio sobre lo que aquí ocurra. ¡Hazlo!... Te lo ruego... ¡Te lo ordeno!

Un gesto desdeñoso, no exento de gratitud, apareció en los labios de la muchacha.

—Soy libre para elegir mi destino. ¡Aprieta ya el gatillo, Arthur! Ni a él ni a mí nos verás temblar.

Acercóse a su amigo, cogiéndole de una mano, en un gesto de despedida y cariño. El dueño del «honkytonk», con una sonrisa de crueldad, mandó a su cómplice:

—Ocúpate de la chica. Una sola bala al corazón. Huiremos por la escalera de incendios.

Las pistolas apuntaron al lado izquierdo del pecho de quienes elevaron, en el último segundo de la vida, una muda súplica al Altísimo...

CAPÍTULO V

EL ENIGMA SE COMPLICA

Unas horas antes...

El penado examinó el mensaje que acababa de encontrar debajo de la almohada de su camastro, leyéndolo de nuevo:

«Tu esposa, Doris Hart, fue asesinada por Paul White y Jacqueline Price, quienes la arrojaron desde lo alto de la estatua de la Libertad. Un amigo nuestro se encargará de facilitarte la fuga, a fin de que puedas llevar a cabo la misión que produjo a tu mujer la muerte. Te restan muchos años de presidio. Te facilitaremos la huida a Francia, a fin de que puedas ser protegido por la organización a que perteneces, dándote antes libertad para vengar a Doris. Paul White y Jacqueline Price pertenecen a la M. G. B. rusa».

La nota no llevaba firma. Vladimir Ivanovich continuó barajando hipótesis. ¿Y si se tratase de una trampa preparada por el Servicio Secreto americano? No le desagradaba la idea de trasladarse a Francia, y menos aún la de escapar de la penitenciaría. Sin embargo...

¡Pobre Doris! El recuerdo de su esposa, a la que conoció en París, llenaba su alma de tristeza. ¿Y si aún continuara viviendo?

Ocultó la nota mecanografiada debajo de la plantilla de uno de sus zapatos y, tranquilo ya, entregóse a sus meditaciones. ¡Aun le quedaba una larga condena! ¡Cuántas veces ideó descabellados planes de fuga! Mas era imposible escapar de Sing-Sing...

Mientras paseaba por su reducida celda, Vladimir Ivanovich tuvo miedo de sí mismo, del misterioso autor del anónimo. «¡Te facilitaremos la huida a Francia!». ¡Qué desconcertante plural! ¿Y si quisieran libértarle sus camaradas del «Deuxième Bureau»?

No desaprovecharía aquella oportunidad. Morir no era tan terrible como permanecer dieciséis largos años encerrado en el presidio. ¿Y si fuese una broma de los carceleros?

No pudo contestarse. La puerta de su celda se abrió para dar paso a un de los vigilantes, que llevaba entre sus manos un pequeño envoltorio.

—Esto han traído para ti. Vladimir.

—Gracias.

El preso tomó lo que le entregaban, permaneciendo inmóvil hasta que se supo solo. Luego, de espaldas a la puerta para que no pudieran ver sus movimientos a través del ventanillo que comunicaba con la galería general, deshizo el paquete. Un nudo de angustia estrangulóse en su garganta al reconocer la pitillera, el encendedor, la boquilla de plata y el pequeño estuche de manicura pertenecientes a su esposa. Un periódico doblado atrajo su atención. Era un ejemplar del «New York Herald Tribune». En primera plana vio el retrato de su mujer. Los titulares de la amplia y sensacionalista información le hicieron crisar los puños con ira:

«Un desgraciado accidente ocasiona la muerte a Doris Hart, mientras contemplaba el panorama de Nueva York desde la corona de la estatua de la Libertad.

»Las sospechas de la policía sobre un posible crimen se desvanecen.

»La víctima era “B-girl” de uno de los más populares “honkytonk”».

Vladimir Ivanovich leyó con avidez la noticia. Al enterarse de que su esposa era acompañada por una amiga, Jacqueline Price, invadióle un deseo homicida que hizo temblar sus manos. Un torpe afán de venganza comenzó a obsesionarle. Los años transcurridos en Sing-Sing, el desengaño de comprobar que sus compañeros en el espionaje no

deseaban salvarle, y el alejamiento de la que amaba, convirtiéronle en un ser incapaz de otras reacciones que no fuesen las primitivas.

Sentado sobre la cama, permaneció inmóvil largo rato, acariciando maquinalmente los objetos que un día no muy lejano compró para Doris.

—Lo siento, Vladimir.

El aludido volvióse a la puerta, con sobresalto. A través de la mirilla, uno de los guardianes le miraba con afecto.

—Gracias, señor Logan. ¿Cómo lo supo?

—Examinó el paquete antes de entregártelo. Lo hacemos con todos.

—Lo sé.

El vigilante continuó su ronda, dejando a Ivanovich a solas con su dolor, con su afán de revancha.

Las horas transcurrieron lentas para el que esperaba la noche. Quizá entonces recibiera un nuevo mensaje de los que iban a libertarle. Después de la cena, en el amplio comedor de la penitenciaría, donde la noticia corrió como reguero de pólvora, Vladimir, sin cruzar frase alguna con sus compañeros de prisión, fue encerrado en la celda. Pronto sólo se oyeron los pasos de los que a regulares intervalos custodiaban la galería.

¿Cuándo murió Doris? Miró el periódico, de una fecha antes. La foto de prensa le mostraba un rostro de privaciones, a juzgar por la delgadez y lo hundido de los ojos. ¡Ella no le olvidó! Todas las semanas, Vladimir recibía un paquete con tabaco y golosinas.

El sonido de una llave al girar con suavidad en la cerradura, heló la sangre en las venas del hombre. ¿Sería posible que alguien hubiera encontrado el procedimiento de sacarle de allí? Su decepción llegó al máximo al reconocer a Fred Logan, el oficial de prisiones tal vez quisiera prodigarle frases de consuelo.

—¿Qué quiere?

—¡Calla! —repuso el recién llegado, en un susurro—. ¡Ponte esta ropa y no hagas preguntas!

Logan entregó a Vladimir un uniforme de carcelero de Sing-Sing, en el que no faltaba el revólver de reglamento. El esposo de Doris Hart, repuesto de la sorpresa, comenzó a vestirse con tal nervosismo que su cómplice hubo de aconsejarle:

—Serénate. Todas las precauciones están tomadas. Mi plan es tan sencillo que nada nos ocurrirá.

Al ceñirse el arma, que pendía del cinturón de reglamento, Ivanovich la acarició unos segundos. El oficial de prisiones, que le observaba, dijo:

—No te comportes como un necio. Por la fuerza nadie es capaz de abandonar

Sing-Sing.

Sólo conseguirías suicidarte, y si te capturasen vivo, un aumento de condena o la «silla». ¡Obedéceme! Échate la gorra sobre los ojos. Tu estatura es igual que la de Dunn. Te confundirán con él. ¿Vamos?

—Cuando quiera.

Los dos hombres salieron de la celda y caminaron por el largo pasillo, terminado en una reja. Vladimir llevaba la mirada baja. Al detenerse ante el obstáculo, Fred Logan volvióse a la rotonda de control, situada en el centro de un gran patio, en una plataforma desde la que se divisaban los finales de todas las galerías, y alzó su brazo. Uno de los hombres de guardia movió una palanca, franqueándoles el paso.

—Te anuncié que sería fácil. En el piso bajo repetiremos la operación, saliendo de la cárcel por la puerta principal. Nos enfocarán con uno de los reflectores y, al reconocermos, abrirán la puerta. De encontrarnos con alguno de los camaradas diré que estás algo mareado, y que te llevo a casa. Si hay que utilizar la fuerza, déjame a mí.

—De acuerdo.

Todo fue realizando como Fred Logan indicara. En el patio, Ivanovich, envuelto en la luz de uno de los focos, tuvo miedo a que fracasara la figura en el último instante. No sucedió así, y parecióle mentira caminar junto a los muros de la cárcel. Un «alerta» repitióse hasta perderse al otro lado de la prisión.

—¡Libre! —exclamó Vladimir.

—Sí. Nos acercamos al coche. Mi labor ha terminado.

Un automóvil deslizóse por el macadán, deteniéndose junto a los dos hombres.

El evadido pareció reparar por vez primera en que sin la ayuda de Fred Logan nada hubiese conseguido, y volvióse al oficial de prisiones, esforzándose en sonreír.

—¿No viene usted con nosotros? Quizá averigüen lo ocurrido.

—Sube al coche. No impacientes a tus nuevos amigos.

El esposo de Doris Hart tendió la mano al que acababa de sacarle de

Sing-Sing

y penetró en el vehículo, preguntando la razón por la que Logan no les acompañaba.

—No seas curioso —respondió el chófer, con brusquedad—. Confórmate con estar fuera de la cárcel.

Vladimir Ivanovich se sintió proyectado contra el respaldo del asiento posterior ante la brusca arrancada del automóvil, un «Packard» último modelo. Miró a su izquierda, y pudo ver a un hombre de edad madura.

—¿Quiénes sois?

—Me llamo Arthur Mencies, y el que conduce, Peter Tuner. Nosotros nos encargaremos de que abandones el país una vez te hayas apoderado de unos documentos que poseen Paul White y Jacqueline Price. Si para obtenerlos tienes que matarles... ¡allá tú! Nosotros te indicaremos el lugar donde se hallan, a fin de que te sea fácil el trabajo.

—¿Asesinaron a mí mujer?

—Sí. Les estorbaba. Están a sueldo de la
M. G. B.

Pensaba actuar yo, pero el jefe me dijo que era preferible que lo hicieses tú, a fin de que descargaras tu cólera sobre los asesinos de Doris pagamos cinco mil dólares a Fred Logan.

—Comprendo.

Hubo un largo silencio. El dueño del «honkytonk» dióse cuenta, a través del espejo retrovisor, de que una sonrisa de burla iluminaba el rostro de Peter Tuner, y no queriendo que Vladimir pudiera reparar en ello, le apremió:

—¡Más deprisa! Hemos de llegar cuanto antes a Manhattan.

El aludido, sin responder, con una leve presión del pie en el acelerador, hizo que la aguja del cuentamillas oscilara entre los números setenta y cinco y ochenta. La carretera pareció estrecharse. Cualquier descuido significaría la muerte.

Arthur Mencies extrajo un paquete de cigarrillos, ofreciendo uno a Ivanovich.

—¿Quieres?

—Sí. Gracias. Gracias por todo.

Estaba aturdido, temiendo despertar de un sueño y encontrarse de nuevo en la celda de Sing-Sing.

En sus pulsos palpitaba la sangre con violencia, y una voz interior comenzó a gritarle que era un hombre libre, capaz de decidir su destino.

Al encender el cigarro en la llama de un moderno mechero, también propiedad del «gángster», sus dedos temblaban ostensiblemente. El tabaco, serenándole, inundó su espíritu de calma. Volvía a ser dueño de sus nervios, el peligroso agente del Servicio Secreto francés que, con Doris, constituyó una pesadilla para el «Central Intelligence Agency», cuyos miembros nunca, pudieron probarles nada.

—¿Conociste a mí mujer?

Mencies, que no esperaba tal pregunta, repuso sin demasiada firmeza:

—No. La vi por vez primera en el retrato de la prensa. La alejaron de la organización por creerla vigilada. Ella, no resignándose, actuó por cuenta propia, y obtuvo unos planos que le costaron la vida. Debió esperar a que te libertáramos.

—Siempre fue muy impulsiva. ¿A dónde vamos?

—A un hotel de Park Avenue. El jefe nos transmitirá órdenes telefónicamente.

—¿Quién manda ahora?

—No puedo decírtelo. —A un movimiento de Vladimir, Arthur apresuróse a agregar—. Me consta que eres hombre de confianza, pero puede haberte captado el servicio de contraespionaje norteamericano. Del

F. B. I.

hay que esperarlo todo.

—¡Yo no soy un traidor!

El propietario del «honkytonk», que se limitaba a cumplir las instrucciones recibidas del hombre que encubría su verdadera personalidad bajo el seudónimo de John, encogióse de hombros con indiferencia. A él sólo le interesaban los mil dólares prometidos en pago a su trabajo. Lo demás le tenía sin cuidado, incluso el no haber

visto el rostro del que le contrató, ofreciendo pagarle tan elevada suma por el rescate de Ivanovich y la muerte de Jacqueline Price y Paul White, a quienes hubiese asesinado de todas formas, sin que mediara un centavo, al conocer de labios de John que entre los dos introdujeron las drogas en su establecimiento. ¿Cómo lo averiguó el misterioso individuo? ¿Cómo pudo enterarse de su domicilio para concertar con él, por teléfono, los planes que estaba realizando? Imposible responderse a tales preguntas. Lo esencial era que, según promesa, John le informaría acerca del paradero de Jacqueline y Paul, a fin de que lanzase a Vladimir Ivanovich contra ellos. No pensaba hacerlo... Iría él mismo con Peter Tuner, para tener la certeza de la muerte de sus enemigos. A John le interesaba únicamente que una mano borrara a la muchacha y a White del mundo de los vivos. Igual le daría que fuese la suya que la de Vladimir.

La clausura del honkytonk perjudicábale, no sólo por los beneficios propios del local sino también porque, escudado en él, realizaba diversos negocios fuera de la Ley, tales como el de la entrada ilegal a Nueva York de quienes carecían del permiso de residencia y el contrabando de divisas.

Apenas conociese el nuevo domicilio de Jacqueline y Paul, iría a su encuentro para hacerles pagar cara su traición...

CAPÍTULO VI

TRAS UNA PRIMERA PISTA

Unos golpes en la puerta sobresaltaron a los forajidos, llenando de gozo el corazón de los que, ante la muerte, pensaron que quizá sus oraciones habían sido escuchadas. Arthur Mencies empujó brutalmente al médico a uno de los laterales, dejándole bajo la vigilancia de Peter Tuner. Repitióse la llamada, y el propietario del «honkytonk» susurró al oído de la muchacha:

—Pregunta quién es. No olvides que te estoy apuntando.

Jacqueline Price, con un brillo de esperanza en sus ojos, inquirió en voz alta:

—¿Qué sucede? Acabo de acostarme y...

—Traigo noticias de Doris Hart.

Mencies y Tuner cambiaron una mirada de asombro al reconocer la voz de Vladimir Ivanovich, a quien suponían encerrado en el hotel de la avenida Park. Arthur ordenó a la joven:

—¡Abre!

El «gángster» situóse en uno de los lados de la puerta, y la muchacha franqueó la puerta al esposo de Doris qué, aun con el uniforme que facilitó su fuga de

Sing-Sing,

pistola en mano penetró en el cuarto. Al ver a Peter Tuner encañonando a un hombre para él desconocido dijo:

—Llego en el momento oportuno. ¿Y Arthur?

—A tu espalda. ¡Estuviste a punto de echarlo todo a rodar! ¡Te ordenó que permanecieras oculto!

—El jefe telefoneó de nuevo, apenas os hubisteis marchado. Por

él supe cuál era mi deber, y las señas de los que asesinaron a mi mujer. Hube de saltar por una de las ventanas del piso a un árbol inmediato, y deslizarme a tierra. No esperaba encontrarlos.

—Poco te queda por hacer. ¡Dispara contra ellos!

—¿Y los documentos?

—¡Los tenemos nosotros! ¡Venga a Doris!

La última frase hizo comprender a Jacqueline cuál era la identidad del nuevo enemigo.

—¡Vladimir Ivanovich! —exclamó.

—El mismo —repuso el aludido—, con una sonrisa cruel. —¿No me esperabais? ¡Claro que no! ¡De Sing-Sing

es imposible escapar! ¡Es indudable que pensasteis en ello, cuando proyectabais el asesinato de mi esposa!

—¿Quién le ha dicho semejante cosa? —Intervino Paul—. ¿Arthur Mencies? Es el dueño del «honkytonk» en el que ella trabajaba. Si existe algún culpable, será él. Jacqueline y yo pertenecemos al Servicio Secreto americano.

—¡Mientes! ¡Al ruso!

La clara inteligencia de White no necesitó otras palabras que las pronunciadas por el fugitivo para comprender los diabólicos planes de sus enemigos. Consciente de que de convencer a Vladimir dependía su vida y la de la muchacha, dijo, tuteando también a su interlocutor:

—¡Quieren llevarte a la «silla»! Mencies acaba de apoderarse de mi credencial del C. I.

A. Jacqueline posee otra igual. ¡Compruébalo! Una vez que hayas servido sus turbios propósitos, te entregarán a las autoridades. —Como el ruso blanco vacilara, Paul prosiguió—. ¡Excitaron tu venganza para que, como una fuerza ciega, quitándonos de en medio, corrieras los riesgos del doble crimen! ¡Nadie mató a Doris! ¿Crees que es fácil engañar a la Metropolitana en algo tan sencillo? También intervino el F. B. I, y el C. I. A.

Tú conoces la eficacia de los tres organismos que acabo de nombrarte. ¿Iban a dejarnos en libertad?

La voz cortante de Arthur surcó el aire como un trallazo. El «gángster» deseaba impedir que los apasionados razonamientos de

White hicieran mella en el ánimo de Ivanovich.

—¡Si eres un cobarde, déjanos actuar a nosotros!

—¡De lo que se trata es de asesinarlos! ¿Cuánto te paga John, el misterioso John, por quitarnos de en medio, Mencies? Veo que palideces. Sé más cosas de las que te imaginas.

—¡De poco van a valerte!

—No me importa, si impido que causéis con Vladimir una tercera víctima. Para conocer dónde está la verdad y la mentira, no tiene que hacer más que mirarnos al rostro. Los nuestros revelan nobleza, limpieza de alma; los de ellos la infamia y el vicio. ¡Convértete en un autómatas, Ivanovich, sé un juguete más en las manos de Arthur!

El marido de Doris Hart, impresionado por las palabras de White, observando que sus cómplices se disponían a apretar los gatillos, se interpuso entre víctimas y verdugos.

—¡No! He de saber la verdad.

—¡Imbécil! —le increpó Mencies.

—De la pistola del «gángster» surgió una llamarada, y el proyectil fue a clavarse en el pecho del evadido, quien de rodillas, sintiendo que un velo de tinieblas nublaba sus ojos, hizo fuego repetidas veces con el revólver que empuñaba. El dueño del «honkytonk», que se había enfrentado en otras ocasiones con la muerte, saltó a la izquierda. Peter, Tuner, a quien sorprendieron los inesperados acontecimientos, sintió un brusco choque en el estómago, y otro en el hombro izquierdo. Al caer, el arma resbaló de sus manos, disparándose también.

Arthur Mencies, junto a la ventana que comunicaba con la escalera de incendios, volvióse con el propósito de matar a Paul y Jacqueline. No llegó a hacerlo. Los dos jóvenes, aprovechando aquellos instantes de confusión, se habían cobijado en uno de los laterales del armario, fuera del ángulo de tiro del «gángster», quien se dispuso a aproximarse a ellos para no errar la puntería. No lo hizo al sentir voces en el pasillo. Con una maldición abandonó la alcoba por la escalera de urgencia, en el preciso momento que entraba Gerald Evatt seguido del dueño del hotel y de uno de los camareros.

—¡Huye por la ventana! —indicó el médico.

El inspector del Servicio Secreto acercóse al lugar indicado,

disparando su automática.

—Ha montado en un automóvil. No me importa tanto como encontrarles con vida.

¡Temí que hubieran muerto!

—¿Por qué? —preguntó Paul.

—Hace unos minutos me comunicaron desde

Sing-Sing

la fuga de Vladimir Ivanovich, y vine a advertirles de un grave riesgo.

Los ojos del médico se clavaron en los de su interlocutor.

—¿Qué riesgo?

—En una de las botas del recluso, debajo de la plantilla, se encontró un mensaje en el que se le ofrecía ayuda para la fuga, significando que usted y Jacqueline habían asesinado a su esposa. Por fortuna llegué a tiempo.

—Algo tarde. El marido de Doris ha cambiado su vida por la nuestra. Cuenta a Evatt lo ocurrido. Veré lo que, se puede hacer por los dos hombres.

White arrodillóse junto al ruso blanco, por cuyos labios deslizábase un hilo de sangre.

El proyectil le había atravesado un pulmón.

—Jacqueline era la mejor amiga de Doris. Esos hombres le engañaron para perderle.

Usted nos salvó la vida.

—Quizá haya sido lo mejor. Nadie me llorará.

—¿Dónde podré encontrar a Arthur Mencies?

—En la avenida... —Vladimir jadeó por el esfuerzo realizado—. Park.

—¿En qué número?

El moribundo hizo un gran esfuerzo por responder, pero la muerte segó sus palabras. Al depositar la cabeza de Ivanovich en el suelo, White acercóse al «gángster». No fue necesario que le reconociera. La inmovilidad de sus ojos significaba que aquel hombre había dado el salto a la eternidad. Incorporóse lentamente para decir:

—Creo que el misterioso John ha empezado a cometer torpezas, inspector.

—¿Hablaron las víctimas?

No. Vladimir se refirió a un hotel de Park Avenue, pero no pudo precisar el número. Aun en el caso de que; iniciáramos ahora las investigaciones, antes de localizarlo habían huido nuestros enemigos. Son numerosísimos los chalets. Pueden contarse por centenares. Acabó la primera parte de la tragedia.

Paul tornó a inclinarse sobre Peter Tuner para arrebatarse la pistola que no pudo usar.

El del Servicio Secreto le dijo:

—Tome la mía. Esa arma ha de ser entregada a nuestros laboratorios. Quizá el examen de sus proyectiles revele algún dato importante. Las balas tienen un lenguaje más expresivo que el de los hombres. Bien. Antes se refirió a un error del misterioso John.

¿Qué sospecha?

—Lo sabrá a su tiempo. Mencies me arrebató la credencial del C. I. A.,
llevándose también la automática de Jacqueline.

—Le daré otra. Esperemos a que vengan los de mi Departamento y se hagan cargo de los cadáveres Después, en mi despacho...

* * *

Grande fue la sorpresa de Gerald Evatt al escuchar las inesperadas palabras del médico. Jacqueline, atónita, no daba crédito a lo que oía. En el gabinete de trabajo del inspector del Servicio Secreto, el silencio fue largo. —Me has decepcionado, White— dijo al fin la joven. Paul, acariciándose la mandíbula con la mano derecha, repuso con voz pausada:

—Quizá; pero mi resolución es irrevocable. Tú menos que nadie, Jacqueline, puedes pensar que soy un cobarde. Lo que sucede es de otra índole. Prefiero mis locos a Arthur Mencies y Peter Tuner. Mi vocación es curar cerebros y no matar hombres. Si continúo la aventura, me veré obligado a hacer lo que me repugna. ¡Nunca privaré de la vida a un semejante! Elegí la carrera de médico y no la de policía. Eso es todo.

Evatt movió la cabeza con pesimismo.

—Comprendo sus razones. Quisiera que compartiera también las mías. La seguridad de la patria es...

—No continúe, inspector. Sus argumentos son magníficos, y le

honran. Sin embargo, yo me vuelvo a Filadelfia esta misma noche. ¿Me acompañas, Jacqueline?

—Me quedo aquí.

—Lo siento. Correrás idéntica suerte que Doris Hart. ¿Dónde piensas alojarte? Me agradará mantener correspondencia contigo. Reitero mi oferta con respecto a un empleo de enfermera en la clínica de cualquier amigo y, si es posible, en el «Pennsylvania Insane Asylum».

—Gracias. Seguiré alojada en la habitación donde nos atacaron. ¿A qué cambiar de hotel, si el misterioso John conoce todos nuestros pasos? ¿Ya te marchas?

—He de hacer el equipaje. Podemos ir juntos.

—De acuerdo. ¿Cuáles son sus instrucciones, inspector?

—Permanezca tranquila. Procuraré no mezclarla en nada peligroso. Ya tendrá noticias mías.

Los jóvenes, luego de despedirse de Gerald Evatt, se trasladaron al hotel en un taxi, sin pronunciar frase alguna durante el recorrido. Jacqueline iba triste; Paul preocupado.

—Te ayudaré a hacer las maletas. ¿Qué tren piensas utilizar?

—El de las cinco de la mañana. ¿Por qué no me acompañas? ¿Tienes una idea especial sobre el que intenta suprimirnos a cualquier costa?

—Si.

—Yo también. Por eso me voy.

Mientras fumaba un cigarrillo. Jacqueline suspiró White, mirándola con simpatía, dijo:

—Me apena dejarte sola.

—¡Quédate entonces!

En la súplica había angustia, deseo vehemente, desesperación. Paul, tomando las femeninas manos entre las suyas, la sintió estremecerse.

—Te prometo volver a buscarte. Una vez afirmaste, enfadada, que jamás te casarías conmigo. ¿Por qué...?

—¡Calla! Quieres librarme de peligros a cualquier costa.

—Pero yo...

—¡Te lo suplico!

La muchacha, con brusquedad, se apartó de White, dirigiéndose a la ventana. Paul situóse a su lado.

—¿No cambiarás de hotel? Es muy importante para mí tener noticias tuyas. Soy sincero.

—Te escribiría para comunicártelo. Dame tu tarjeta.

—Toma. ¿No me desprecias por lo que parece una huida?

—Ignoro qué te obliga a comportarte así. Espero saberlo. Son las cinco menos veinte.

Adiós, intentaré dormir.

—¿Amigos?

—¡Siempre! ¡Que tengas muchos éxitos!

La joven, como si le doliera la despedida, salió bruscamente de la alcoba del médico, quien, con indescifrable sonrisa, se dispuso a abandonar el hotel.

Satisfizo la cuenta en el vestíbulo, y poco después, acomodado en el vagón de primera, mientras simulaba leer una revista, movióse inquieto. Los dos individuos que acababan de entrar en el departamento eran los mismos que le siguieron desde su salida de Nueva York. Al contemplarles de cerca, con el pretexto de encender un cigarrillo, no le gustó su aspecto. Uno era joven, alto, huesudo, de manos finas. El ancho bigote daba a su rostro un gesto mezcla de cinismo y dureza. El que le acompañaba de regular estatura y aspecto vulgar, tendría alrededor de los cuarenta años.

Paul, disimuladamente, apretó el codo contra uno de los bolsillos laterales de la americana, tranquilizándose al sentir el duro contacto de la automática que Gerald Evatt le entregó. La defensa era lícita. De producirse el ataque, no se dejaría matar.

Pensó que Jacqueline y él fueron utilizados por el Inspector del Servicio Secreto como cebos a fin de que sus enemigos se descubrieran al pretender eliminarles. ¿Tuvieron éxito los rastros de sangre?

No queriendo distraerse por temor a un ataque de los que, con él, ocupaban el departamento, apagó el cigarrillo en el cenicero metálico, adosado al brazo de la butaca. Luego encaróse con los individuos, para decirles en tono jovial:

—Me aburría solo. ¿Van muy lejos?

—A Washington —repuso el más alto, esforzándose en dar a sus palabras un tono amable—. ¿Y usted?

—A Filadelfia.

El tren se detuvo en Newark, reanudando la marcha

perezosamente para ir adquiriendo velocidad fuera de agujas. El hombre de aspecto vulgar y manos peludas, preguntó a White:

—¿No le importa que abra la ventanilla? Ya no pararemos hasta Trenton. Estoy habituado al aire de la mañana, a la vida campesina, y me ahogan los lugares cerrados.

—Hágalo. En parte me sucede lo mismo que a usted.

—Gracias.

El individuo bajó el cristal. Paul, que no perdía de vista ninguno de sus movimientos, tuvo tiempo de alzar su brazo derecho para sujetar la mano armada con un acero y, en un supremo esfuerzo, ponerse en pie. En los ojos de su adversario leyó el odio, el ansia de matar. Se supo perdido al ver que el hombre alto y huesudo avanzaba contra él. No le quedaba otra solución que huir, y lo hizo, favorecido por el movimiento del tren al tomar una curva. El que intentaba apuñalarle se sintió empujado sobre su cómplice. White, aprovechando los breves segundos de desconcierto, pudo alcanzar el pasillo y correr por él hasta la plataforma. Al volverse dióse cuenta de que los dos hombres le seguían y, sin vacilaciones, dispuesto a que en el caso de que se produjeran disparos no fueran advertidos por los que viajaban en el convoy, abrió la portezuela y trepó al techo del vagón por la escalerilla metálica. El aire, al azotarle el rostro, le serenó.

Tendido de bruces, con la automática firmemente empuñada, esperó a que sus adversarios se mostrasen. ¡No tendría piedad de ellos!

Transcurrieron, lentos, los minutos. ¿Habrían desistido de atacarle?

Tuvo la respuesta al ver que sobre el vagón contiguo se izaban los dos individuos, quienes luego avanzaron despacio, esperando acortar la distancia para hacer fuego con probabilidades de éxito.

Todo fue tan rápido, que el grito de aviso del médico se confundió con un golpe seco, de muerte. Los forajidos, que iban de espaldas a la marcha, de cara a Paul, no pudieron reparar en el puente que cruzaba sobre el ferrocarril.

Desde donde se hallaba, inmóvil de terror, el joven contempló cómo los dos cuerpos caían a tierra, empapados en sangre. ¡Otra vez la muerte saliéndole al paso!

Descendió a la plataforma y, de nuevo en su departamento,

alzando el cristal de la ventanilla, se abstraigo en sus ideas mientras la sospecha que le dominó después del ataque de Peter Tuner y Arthur Mencies, iba confirmándose en su cerebro. Por comprobarla no le importaría arriesgar su vida una y cien veces.

El tren se detuvo entre un chirrido de frenos, para retroceder muy despacio. El revisor, al que interrogó sobre la causa de tal maniobra, la dijo:

—Alguien que viajaba en el techo ha caído a la vía. Varios pasajeros han denunciado que en sus ventanillas, por el exterior, hay manchas de sangre. ¿Dónde están los que, acompañé a su departamento?

—Salieron a la plataforma. ¿Para qué necesita nadie arriesgarse sobre los vagones?

—Roban los equipajes utilizando ganchos. Otros lo hacen por no sacar el billete. Adiós, señor. Voy a reunirme con el policía de servicio.

—Le acompaño. Tengo curiosidad por saber lo ocurrido.

White marchó con el empleado al vagón contiguo, en cuya plataforma se hallaban numerosos viajeros. Una señora, con un vestido Blanco salpicado de sangre, explicaba una y otra vez, sin duda para desahogar sus nervios:

—Llevaba el cristal abierto. En principio creí que era agua, pero no tardé en darme cuenta de la verdad. ¡Ha sido horrible, horrible!

Otros daban versiones distintas. Un caballero con aspecto de hombre de negocios afirmaba que su ventanilla se cubrió de sangre.

—Por fortuna estaba cerrada.

El agente de servicio, que sin escuchar las diversas opiniones miraba a ambos lados de la vía, exclamó:

—¡Ahí se ve algo!

El revisor, pulsando el timbre de alarma, hizo detener al tren. White saltó a tierra, preguntándose si las sospechas no se centrarían sobre él al reconocer a los muertos. Se equivocaba. El choque con el puente había destrozado la cabeza de los forajidos. Un revólver, próximo a uno de los cadáveres, motivó un comentario del policía de escolta:

—Tal vez intentaban cometer algún atraco. El examen de las huellas dactilares quizá nos aclare su personalidad. Metan los cadáveres en el furgón de equipajes.

Así lo hicieron cuatro empleados, no sin repugnancia. Los cuerpos iban dejando en el suelo rastros de sangre. Paul White se dijo que la Providencia velaba por él. ¡Cuántos riesgos en unas pocas horas! ¿Habría en el tren más cómplices de los que quisieron asesinarle?

Pensó que de no prevenirse contra sus compañeros de departamento, hubiese sido fácil víctima de ellos, y por vez primera tuvo miedo...

CAPÍTULO VII

LA MUERTE SILENCIOSA

Jacqueline Price no pudo dormirse hasta pasadas las seis de la madrugada, luego de cerciorarse de que la puerta y la ventana que comunicaban con el pasillo y la escalera de urgencia, respectivamente, estaban carradas. En el cerebro de la muchacha agigantábanse horribles recuerdos, desde la caída de Doris Hart de la corona de la estatua de la Libertad, hasta la muerte de Vladimir Ivanovich y Peter Tuner. Su sueño no era tranquilo, a juzgar por su agitada respiración.

En la alcoba inmediata, que comunicaba con la de la joven por una puerta lateral y que ocupó Paul White, un hombre movíase en silencio, realizando el extraño trabajo de abrir un orificio en una tubería del techo, a la que empalmó una larga goma, asegurándola con esparadrapo. Luego la llevó hasta la hoja de madera que enlazaba las dos habitaciones, introduciéndola por la parte inferior.

Un olor acre inundó la estancia, obligando al individuo a abrir la ventana para que penetrase el aire. De uno de sus bolsillos extrajo pedazos de trapo, taponando los resquicios de la puerta. Al terminar, el rostro del hombre mostraba satisfacción.

—De ésta no escaparás —dijo en voz no muy alta—. Será una gran sorpresa para ti reunirte con Paul en la eternidad.

Por la ventana alcanzó la escalera de incendios, descendiendo por ella. En el último tramo ató una cuerda, utilizándola para llegar al suelo. Al quitarse los guantes frotóse las manos con gesto de gozo, y dirigióse a un automóvil aparcado junto a la acera, que puso en marcha, alejándose a moderada velocidad.

La calle continuó desierta. Los transeúntes a quienes sus ocupaciones obligaban a trasladarse temprano de un punto a otro de la ciudad, ocupaban los ferrocarriles elevados o aéreos. Manhattan no era un municipio propicio a las casas de vecinos. En él alzábanse las residencias de los millonarios y los grandes rascacielos habilitados para oficinas. El gran contingente de trabajadores llegaba a Manhattan de Brooklyn, denominado en justicia el «dormitorio de Nueva York», y de Richmond, Queens y Bronx, nunca antes de las ocho de la mañana.

Jacqueline Price, inmóvil en el lecho, no escuchaba un tenue soplo producido por la muerte silenciosa que el hombre hizo penetrar en su alcoba. Su respiración iba tornándose más fatigosa, y por las femeninas mejillas deslizábanse gruesas gotas de sudor. Por tres veces la muchacha, en su pesadilla, llevóse las manos a la garganta, cual si le faltara el aire para respirar.

En su inconsciencia, luchaba por despertarse, hasta que sus brazos, faltos de vigor, cayeron sobre el lecho.

El aire espesábase por momentos, con un olor dulzón. La muerte, escondida en él, reía feliz.

De pronto enmudeció al sentir ruido de cristales. Las maderas de la contraventana saltaron ante el empuje de un hombre quien, ya en la habitación, tomó en sus manos el cuerpo insensible de Jacqueline para depositarlo en el exterior, sobre el rellano de la escalera de urgencia. Unos dedos trémulos acariciaron la frente de la muchacha, no por gozar del suave contacto de la piel, sino en busca de latidos que denunciaran la existencia de vida.

Respiración artificial, masajes en el lado izquierdo del pecho... Segundos... Minutos... Al fin Jacqueline abrió los ojos.

—¡Paul!... ¡Me duele la cabeza! ¿Qué ha sucedido?

—Ya lo sabrás. Ahora lo importante es trasladarte a un hospital. Hay que luchar contra la intoxicación.

—¡Qué horrible pesadilla! Una sombra negra movíase ante mí, gesticulando, mientras reía a carcajadas. La risa me recordaba el ruido seco de la tierra al golpear un ataúd.

—¡Serénate! ¿Cuál es el hospital más cercano?

—El de San Vicente, en la Séptima Avenida. ¡No puedo moverme!

—Te llevaré a él.

White, cogiendo en sus brazos a la muchacha, penetró con ella en la habitación, y, sin preocuparse de vestirla, ya en el pasillo, tropezó con una de las camareras que, soñolienta, dirigíase a uno de los cuartos de aseo.

—¡Avisé un taxi! ¡Pronto!

—Pero...

—¡No haga preguntas!

En el interior del vehículo de alquiler, la joven comenzó a sentir náuseas que pronto se convirtieron en vómitos. Paul, que se había quitado la americana para abrigar con ella el cuerpo de la mujer, mal cubierto por la tela del camión, limpió sus labios con un pañuelo. El chófer, que contemplaba la escena a través del espejo retrovisor, preguntó:

—¿Es su esposa?

—Lo será pronto. ¿Falta mucho?

—Estamos llegando.

Jacqueline no dejaba de gemir, llevándose ambas manos a la cabeza. Sus convulsiones eran cada vez mayores, y el médico temió ser vencido por la muerte, a la que imaginaba oculta en el vehículo, acariciando con sus garras sarmentosas a la joven.

White extrajo del bolsillo izquierdo del pantalón varios arrugados billetes, entregándoselos al chófer en el momento que éste pisaba el freno de pie para detenerse en la Séptima Avenida, esquina a la calle 11. El médico, consciente del valor de los segundos, tomando una vez más entre sus brazos a Jacqueline, cruzó la acera para penetrar en el edificio sanitario. Una señorita uniformada de blanco, que escribía algo en un grueso libro, inquirió:

—¿Qué sucede?

—Es una atacada de gas. Preparen inmediatamente el equipo de transfusiones, y un balón de oxígeno. ¿A dónde la llevo?

—Sígame.

La enfermera pulsó por tres veces un timbre, señal convenida para anunciar el ingreso de un enfermo, y, precedida de Paul, caminó por un amplio corredor encristalado hasta el quirófano, en cuya mesa depositó Paul a Jacqueline. Un hombre, de unos cuarenta años, entró en el amplio cuarto, repleto de vitrinas y objetos metálicos. Sin pronunciar palabra, inclinóse sobre la

muchacha. El reconocimiento fue breve. Torció el rostro con pesimismo, encarándose con Paul, quien antes de ser preguntado, mostró su carnet del Colegio Oficial de Médicos.

—Celebro conocerle, señor White. Me llamo Mortimer O'Dalys.

El estado de su paciente es grave. Señorita...

—Mande, doctor.

—Disponga inmediatamente una transfusión, y avisé a mí ayudante.

—Si no le importa colaboraré con usted —anunció Paul.

—Bien. Al fondo hay balones de oxígeno. Estimularemos el corazón con inyectables.

Poco después, Mortimer

O'Dalys

y Paul White esforzábanse en luchar contra la muerte. Dos horas más tarde, trasladada la muchacha a una soleada habitación de la planta baja, el joven médico de Filadelfia cercioróse de que estaba bien colocada la sonda que, por la nariz, administraba el oxígeno a Jacqueline. ¿Se salvaría? Tal pregunta, obsesionando a Paul, le hizo comprender que la amaba.

Junto a la abierta ventana que comunicaba con uno de los patios del hospital, White encendió un cigarrillo. No hizo más que aspirar la primera bocanada de humo cuando la puerta se abrió para dar paso a Gerald Evatt.

—¡Usted!

—Sí, no se asombre. Di orden al dueño del hotel que me comunicara cualquier novedad. No me ha sido difícil localizarles. ¿Cómo se encuentra Jacqueline?

—Entre la vida y la muerte. Sólo resta esperar.

—Le imaginaba en Filadelfia.

—En el tren cambié de opinión. Algo me gritaba que ella corría peligro. No me equivoqué. ¿Un cigarrillo?

—Gracias. He visto el cuarto de la muchacha. Alguien agujereó una cañería de gas, y con una goma, lo dispuso todo de forma que penetrara en la alcoba. Las cocinas se encuentran en el piso superior. No hay huellas digitales.

—Como siempre. John y sus cómplices son muy listos, más que usted y su departamento.

El miembro del Servicio Secreto, sin ofenderse por las duras palabras de White, agregó:

—¿No se incluye usted? Las dificultades son grandes, pero acabará cayendo en nuestras manos. ¿Cómo pudo intervenir?

—De regreso a Nueva York deposité las maletas en el «Waldorf» y llegué en un taxi hasta las proximidades del hotel. Al pasear bajo la ventana de Jacqueline llamó mi atención un cuerda que colgaba de la escalera de incendios, a la altura de la cabeza de un hombre alto. Sin vacilaciones me encaramé por ella. La ventana de mi cuarto estaba abierta, y entró en él. La goma que colgaba desde el techo fue más elocuente que todas las explicaciones. La retiró de la puerta, y el olor del gas me dijo que los segundos eran preciosos. Si salía al pasillo, reclamando la ayuda del dueño del hotel, iba a perder un tiempo, quizá vital. Destrocé los cristales de un codazo y un solo empujón bastó para arrancar las bisagras de las maderas. Prestó a Jacqueline los primeros auxilios y la traje al «San Vicente». Eso es todo.

—¿Le parece poco?

—No debí dejarla sola. Si la ocurre algo, me consideraré culpable. ¿Progresan sus investigaciones, inspector?

—No. Dejé en libertad a Arthur Mencias tras el registro y clausura del «honkytonk», con el deseo de que me condujera al descubrimiento de nuestro misterioso enemigo. Y no conseguí otra cosa que poner en grave riesgo sus vidas.

Hubo un largo silencio, durante el cual los dos hombres contemplaron a la muchacha, que se agitaba convulsa en el lecho, no tardando en ser acometida de nuevo por los vómitos. Paul tomó jeringa y aguja, e inyectó un líquido espeso a Jacqueline, en cuya cara comenzaban a formarse manchas encarnadas.

—La intoxicación es completa —dijo—. Quiera Dios que nuestros enemigos no se salgan con la suya, Si así fuera...

El joven, que acababa de depositar la jeringa sobre una batea, crispó los puños con ira, mientras su rostro amenazador no presagiaba nada bueno para el desconocido que introdujo el gas en la alcoba de Jacqueline.

—Nada se consigue, con desesperarse.

—Lo sé, señor Evatt. Sin embargo, esa mujer lo representa todo para mí. Es ahora, ante la muerte, cuando he reparado en ello. El

desenlace no se hará esperar mucho. Dentro de una hora insistiremos en las transfusiones. Hay que limpiar de tóxico los poros. Me angustia no saber si lo conseguiremos.

—Le acompañaré un rato. No me agrada la idea de volver a mi despacho. Mis jefes no dejan de apremiarme.

—Capture a John.

—¿Cómo? —inquirió el del Servicio Secreto.

—Si lo supiera, aun no siendo de mi competencia, el caso estaría resuelto.

Los dos hombres permanecieron en la habitación del hospital hasta que la llegada del equipo de transfusiones recordó a Evatt que su trabajo era necesario en la Delegación del «Central Intelligence Agency» en Nueva York.

—Le dejo, señor White. Si me necesitara, no deje de llamarme.

—Lo tendré presente, inspector. Suerte.

—Lo mismo le deseo.

El miembro del Servicio Secreto abandonó la estancia, y Paul se dispuso a auxiliar a Mortimer

O'Dalys,

luego de cambiar unas breves impresiones sobre el estado de la enferma.

—La aplicaremos medio litro de sangre. Veo que tuvo que inyectarla.

—Sí. Tal vez sea necesario repetir.

—Esperemos que no.

En el dormitorio, los dos hombres, auxiliados por una enfermera, trabajaron en silencio. Al terminar, White, acomodándose en una de las sillas a la cabecera de la muchacha anunció:

—Permaneceré a su lado, doctor. Sé que tiene muchos pacientes en el hospital.

—Puede quedarse la enfermera.

—Si alguna ocupación me reclamara, accedería con gusto. La señorita que le acompaña es muy eficaz. Prefiero seguir minuto a minuto las reacciones de Jacqueline. Me une a ella algo más que el interés profesional.

—Comprendo. Ordenaré que le traigan de comer.

—Gracias.

Cuando el módico y su auxiliar hubieron salido, Paul tomó entre las suyas una mano de Jacqueline, oprimiéndosela cariñosamente.

—¡Si pudiera cambiar mi vida por la tuya!

CAPÍTULO VIII

DE NUEVO ARTHUR MENCIES

—¿Comprendes ahora mi insistencia al preguntarle si pensabas cambiar de alojamiento, las razones de mi viaje a Filadelfia?

—Sí, Paul. Por fortuna, todo pasó. ¡Qué bien te has portado conmigo!

—¿Quieres callarte? Me da la sensación de que no lo esperabas.

Los jóvenes, en un grato paseo, gozando de la espléndida tarde, penetraron en el Central Park por la Octava Avenida, en la que se alza el monumento en mármol a Cristóbal Colón. Numerosos chiquillos correteaban por los paseos, otros en los regazos de sus madres, lloraban o reían. Jacqueline sintió que la ternura desbordábase en su alma.

—Recuerdo, como un sueño, mis vómitos del taxi y me parece verte secándome los labios. ¡Una estampa contraria a la belleza, al idealismo!

—Es algo que los hombres debieran contemplar en su prometida para tener la certeza de si la quieren o no. De estudiantes, un psicólogo europeo nos dio una conferencia sobre el amor y la fisiología. Sus palabras no se me olvidarán jamás. En algunos de mis compañeros provocaron murmullos de protesta. Casi todos se casaron y habrán comprendido lo que entonces les pareció un concepto grosero de la vida. «En el noviazgo, y muy en particular en las grandes ciudades americanas, no se cala a fondo en problemas que son, en definitiva, vitales para el matrimonio. Los hombres conocen a unas muchachas maquilladas, superficiales en la conversación y en el trato, que si se encuentran indispuestas

mencionan jaquecas o un pasajero enfriamiento. Son muñecas frívolas, perfumadas y sensibles. ¡Que terrible insinceridad! ¡Cuántas decepciones sufren los jóvenes al darse cuenta de que se han casado con mujeres de carne y sangre, y no con figuritas de porcelana! Todo novio que ante unos vómitos de la elegida para esposa no sienta hacia ella que su ternura es mayor, y, por el contrario, se aparte con repugnancia, es que no la quiere para compartir un amor que es espíritu, sí, pero que también es fisiología compartida». ¿Te sonríes, Jacqueline?

—¿De veras escuchaste tales frases en una conferencia? Paul White, sabiéndose descubierto, repuso:

—No. Es un criterio personal. Como resulta fuerte, procuro endosarle a alguien la idea.

—Lo imaginaba.

El médico se detuvo para mirar a la muchacha.

—¿No imaginaste nada más? Ella vaciló unos segundos.

—No sé a qué te refieres.

Las manos de Paul se posaron sobre los hombros de la mujer, sintiéndola estremecerse.

—No eres sincera. Yo te obligaré a serlo. No me importa tu pasado, aunque no dudo de él. Hace dos días, al tomarte entre mis brazos en grave riesgo de muerte, comprendí que te amaba con esa fuerza incontenible de un primer cariño. Luego, en el hospital, contando las horas, siguiendo tus crisis, acabé de convencerme de que no era un sentimiento pasajero, una nota romántica en la aventura que vivimos, sino algo más hondo, enraizado en el alma. ¡No me interrumpas! Quizá mis frases suenen trasnochadas en tus oídos. No me ha ganado el vanguardismo y el estrépito de las grandes urbes, en las que todo va deprisa, enloquecedoramente deprisa. Bodas y divorcios son en los corazones como el estruendo de los «claxons» que hasta aquí, en el parque, nos persiguen. ¡Tumulto y confusión! Estoy habituado a seguir el hilo de vida de un paciente sin apresurarme.

¿Quieres casarte conmigo, Jacqueline? Si tu respuesta es negativa, seguiré insistiendo días, meses, años...

Las apasionadas palabras de Paul impresionaron a la muchacha que, sin mirar al que hablaba, contestó con voz trémula:

—¡No insistas! Te lo ruego.

—¿Hay algún secreto en tu vida? ¡Sé que tus sentimientos son iguales a los míos! En el delirio ocasionado por la fiebre no cesabas de pronunciar mi nombre.

—¡Calla, por favor!

Había angustia en la súplica de Jacqueline y White no quiso apremiar a la joven.

—Bien. Esperaré mejor ocasión.

Caminaron en silencio, dejándose envolver por la serenidad del Central Park. Muy lejano, perdido en la distancia, resonaba el clamor de la ciudad, devoradora de sentimientos, de ideas nobles, amiga de la ambición, el lujo y los placeres no lícitos.

Detuviéronse ante el lago inmediato al Jardín Zoológico. El rugido de una pantera alzóse en el aire, confundiendo con las palabras de la muchacha.

—Iremos esta noche al «honkytonk» de Arthur Mencies.

Era una afirmación y no una pregunta. Paul, mirándola inquisitivo, inquirió:

—¿A qué? Continuará clausurado.

—Por muy duro que te resulte, el asesino de Vladimir Ivanovich lo regenta desde ayer, sin que ninguna autoridad le moleste.

—¿Cómo lo sabes?

White no obtuvo contestación. Jacqueline, ensimismada en sus ideas, parecía no haberle escuchado. Ante la insistencia del médico, ella respondió:

—No debo decírtelo. Forma parte del secreto a que aludías hace unos momentos.

—¿Eres cómplice de ese hombre? ¡Te arrancaré de sus garras aunque tenga que matarle! ¡Dime la verdad!

—No puedo. Me liga un juramento. ¿Vendrás?

—Por nada me perdería ver la cara que pone Mencies cuando entremos en el «honkytonk». ¿Qué haremos allí?

—Tomar una copa e inquietarle. Lo demás será una sorpresa.

—Me tienes a tu disposición —replicó Paul, irónico—. ¿Me llevas al «Central Park Zoo»? A los niños de mi edad nos gustan las fieras si vamos de la mano de mamá.

—No te ofendas. Yo me limito a...

Calló, temiendo haber dicho demasiado.

—¿A cumplir órdenes?

—Tal vez.

—¿De Evatt?

La sonrisa de la muchacha fue amplia, y a White le pareció nacida de un espíritu limpio.

—¿Me das un cigarrillo? Ha desaparecido el leve mareo que me molestaba, y me encuentro mejor que nunca. ¿Insistes en ir al Zoo?

Paul encendió en sus labios dos «Philip Morris» entregando uno a la joven. Su rostro, ensombrecido por el enojo y la preocupación, no reflejaba sentimientos gratos. Jacqueline, conocedora de la psicología del que la acompañaba, dejó transcurrir los minutos sin que de sus labios brotara frase alguna, observando al módico de soslayo.

Inmóviles en uno de los laterales del paseo, agotaron el cigarrillo.

—¿Vamos a estar parados todo el día? ¿A qué esperamos?

—A que se disipe tu enojo —repuso ella, con una sonrisa—. Tengo sed. ¿Por qué no me invitas a una naranjada en cualquier terraza del parque?

—Guíame tú.

Anduvieron por el Central Park, cruzando varios de sus caminos para carruajes, hasta detenerse en las proximidades del Jardín Botánico, en un bar cuyas mesas se alineaban entre grandes chopos. Jacqueline pidió un refresco de naranja, y Paul un combinado de ginebra, *whisky*, limón y soda.

—¿Te apetecen unos bocadillos? Conviene que vayamos al «honkytonk» hecha la digestión. Mencies se ocupará de perturbárnosla.

—Como quieras.

Permanecieron en el parque hasta que las sombra de la noche les obligaron a salir de él y caminar por la jungla de asfalto de Manhattan, trepidante de ruidos, cegadora de anuncios luminosos.

—Aunque te canses, te hará bien caminar —indicó él.

—¿Es prescripción facultativa?

—Sí.

—Iremos a pie al «honkytonk». Una advertencia: ¡No bebas nada sin que yo antes incline la cabeza! Hemos de evitar el hidrato de doral que se enmascara bajo diversos nombres comerciales, en particular «Intestinal Hotfoot» y «Mickola». Suelen mezclarlo con

alguna bebida. ¿Qué miras?

—Creí que nos seguían.

—Espero que el misterioso John nos conceda una tregua. Dentro de poco tendrá oportunidad de eliminarnos.

—¿En el «honkytonk»?

—Sí.

Paul quedó sorprendido de la sencillez de la respuesta y la ausencia de temores en una muchacha que horas antes había abandonado la cama de un hospital, tras un grave riesgo de muerte.

—¿No tienes miedo?

La sonrisa de Jacqueline desapareció del rostro.

—Ahora, sí. La vida empieza a serme grata. ¿Dónde nos alojaremos? No conviene volver al hotel.

—Tengo mis maletas en el «Waldorf». Telefonaré al doctor Mortimer

O'Dalys

para que te las envíe con cualquier empleado. No te preocupes por la cuenta. El

C. I. A.

pagará.

—No olvidas tu condición de colaborador del Servicio Secreto.

—Ello me permite llevar una pistola y contribuir a que un indeseable cese de hacer daño. Llamaré al hospital. Entremos en ese «drug». Siéntate a la barra y pide lo que quieras. Así descansarás unos minutos.

Separáronse en la entrada del establecimiento, que, lleno de público, ofrecía un animado aspecto. Jacqueline aprovechó que un hombre abandonaba su banqueta giratoria para encaramarse a ella y pedir una taza de café. El médico no tardó en reunírsele. A un gesto del camarero, dijo:

—Igual que a la señorita. Me he puesto al habla con el «Waldorf». Tenemos reservadas habitaciones contiguas en el piso séptimo.

—Piensas en todo.

—¿Por qué no me esperas en cualquier «night-club» mientras yo permanezco en el «honkytonk»? Me angustia la idea de que pueden disparar contra ti y matarte. ¡No vayas!

—Gracias. Paul. Es necesario.

En la voz de la muchacha había contenida ternura. La emocionaba el cariño de White. A las diez y media de la noche, tras un largo paseo, los dos jóvenes, tensos los nervios, bajaban las escaleras de la taberna propiedad de Arthur Mencies. Al entrar en el salón, los camareros del largo mostrador cuchichearon entre sí, y tres individuos de paisano, en quienes Jacqueline pudo reconocer a otros tantos matones, removiéronse inquietos. Quizá su jefe les hubiera contado la historia de la muerte de Michael Byron, el pretendido novio de Doris, o su condición de adscritos al

C. I. A.

De un modo u otro. Paul dióse cuenta de que ninguno de los que les miraban movíase con seguridad.

Eligieron una mesa situada en uno de los extremos del salón, junto a la puerta, sentándose de forma que los respaldos de las sillas rozaran la pared. Mientras fumaban un cigarrillo, se miraron con una sonrisa.

—Somos pocos gratos —comentó ella—. Es posible que se estén preguntando si deben servirnos *whisky* o veneno. Ahí se acerca una de mis antiguas compañeras.

Una mujer, vestida con atrevimiento, se detuvo ante White y la muchacha.

—Hola, Jacqueline. Me alegra verte. Se corrió el rumor de que habías muerto.



—Ya ves que no. ¿Por quién lo supiste?

—Arthur Mencies nos lo comunicó anoche. Estaba satisfecho. ¿Qué vais a tomar?

—Sírvenos dos *whisky* sin hidrato de cloral. ¡Soy capaz de olerlo a una milla de distancia!

—¿Buscáis camorra? —inquirió una voz bronca, a la izquierda de Paul—. Aquí no existen otras drogas que las que vosotros

dejasteis en el despacho del Jefe.

Dos individuos, con las manos hundidas en los bolsillos de las americanas, sin duda empuñando automáticas, se habían aproximado en silencio a White y Jacqueline. Esta repuso:

—Si dentro de un determinado tiempo no salimos, se llenará el «honkytonk» de agentes. Sólo queremos tomar una copa y marcharnos.

—¡«Soplones»!

—Quizá —repuso Jacqueline—. Vosotros sois algo peor: asesinos. Siempre existen clases.

La llegada de un tercer hombre, que murmuró algo al oído de los que conversaban hostilmente con la muchacha, previno a Paul. Sin duda llevaban órdenes de Arthur Mencies.

El médico, con disimulo, pudo asir la pistola oculta entre el cinto y el pantalón. No fue preciso utilizarla. Los matones del «honkytonk» alejábanse, no sin lanzarles miradas de odio. Jacqueline, con una sonrisa reveladora de un valor indomable, se volvió a la camarera:

—Tráenos de beber. Por ahora no correrá la sangre. Ahí se acerca el jefe. ¡Vigíle bien, Paul!

El propietario del establecimiento, sin saludar a los que ocupaban la mesa, sentóse ante ellos. White no desvió sus ojos de los del criminal, notando en su mano derecha el roce tranquilizador de la automática. El silencio era absoluto para Jacqueline y su compañero, que no sentían la música ni las carcajadas de los que les rodeaban, dispuestos a repeler cualquier agresión del asesino de Vladimir Ivanovich. Hallábanse ajenos a lo que no fuera el mortal peligro al que de propia voluntad se expusieron. Si Arthur Mencies quería desconcertarlas con una larga pausa, se equivocaba.

La

«B-girl»

depositó dos vasos frente a Jacqueline y Paul, retirándose sin pronunciar palabra.

La mayor sonoridad de la orquesta preocupó a la muchacha, que esforzabase en dominar sus nervios, consiguiéndolo. White experimentaba dolor en los músculos. ¡Tal era la tensión a que los tenía sometidos!

Pese al estruendo de la música y a las conversaciones de los

habituales contertulios al «honkytonk», el médico, con la palma de la mano izquierda en la barbilla y el codo sobre la mesa, escuchaba el tic tac de su reloj de pulsera. Mencies, que tamborileaba con los dedos en el tablero, dijo a Jacqueline, con sarcasmo:

—Pensaba encargar unos funerales.

—¿Ya no vas a hacerlo?

—Sí. Creo que de todas formas te servirán.

—Eres muy amable. ¿No bebes con nosotros? En la cámara de la muerte no podrás pedir lo que desees. Tus oficios los costeará el gobierno. Creo que acostumbran a hacerlo.

No estoy muy segura. ¿Qué sabes de eso, Paul?

—Lo mismo que tú. Mencies conocerá los trámites que preceden a toda ejecución. Muchos amigos suyos se habrán tostado en la «silla». No hicieron otra cosa que prepararle el camino. Vladimir Ivanovich fue engañado por él, y tú y yo vimos cómo le mataba.

Arthur mordióse el labio inferior en el afán de dominar la irritación y el pánico que comenzaban a invadirle. Si era juzgado, sus antecedentes le perjudicarían.

—¿A qué habéis venido?

—A hablar contigo —declaró Jacqueline.

—Pasad a mí despacho.

—Queremos hacerlo fuera, en la calle. Se trata de algo de lo que depende el que seas o no ajusticiado. Charlaremos mientras caminamos, confundidos entre el público. ¿Tienes miedo?

Mencies no contestó. En su cerebro iba madurando un plan para cuya realización le interesaba fingir docilidad a los deseos de sus interlocutores. Mientras Paul y Jacqueline viviesen, no podría dormir tranquilo. Ellos fueron testigos del asesinato de Vladimir Ivanovich.

White, que ignoraba los propósitos de la muchacha, consultó a ésta con la mirada, alzando el vaso de licor.

—Sí, puedes beber. El hidrato de doral lo guardan para los incautos. Pero si no tienes sed, no lo hagas. Dan alcohol de baja calidad.

El médico tomó un sorbo de *whisky* y apuró luego el vaso.

—No es tan malo. Temo que calumnies el «honkytonk» y a su propietario.

—Te habrán servido de la botella del agente de servicio. De

tarde en tarde acude un miembro de la Metropolitana, al que se rodea de atenciones. Mientras él permanece en la sala, las chicas no actúan en el escenario a no ser con abundante ropa y ningún camarero roba billetes en los cambios. Aunque no consiguen engañarle, se conforma con que todo transcurra así en su presencia. ¿Vamos, Arthur?

—He de dar instrucciones sobre una remesa de bebida. Vendré pronto.

—Aquí te esperamos.

Apenas se hubo alejado Mencies, White interrogó a Jacqueline.

—¿Qué pretendes? Ese hombre va a ordenar a sus «gangsters» que nos sigan para eliminarnos a la menor oportunidad.

—Lo sé —repuso la muchacha, con calma.

—Entonces...

—No te preocupes, Paul. Nada nos sucederá. Por vez primera seremos protegidos. Mi único temor era que nos matasen aquí dentro. Vuelve Arthur.

Ambos pusieron en pie. White fue a sacar unos billetes para abonar lo consumido, pero Mencies se lo impidió.

—Yo invito. Supongo que será muy interesante lo que vas a confiarme, Jacqueline.

—No te arrepentirás de acompañarnos.

—Tengo la certeza.

La muchacha salió primero, seguida del dueño del local y el médico, que continuaba acariciando la pistola. En la calle, Arthur preguntó a la muchacha:

—¿Por dónde caminamos?

—Nos es igual.

—Prefiero no alejarme de Bronx, para no verme obligado a caminar mucho a mi regreso al «honkytonk».

—Como quieras.

Los dos hombres y la mujer anduvieron por la avenida Willis hasta la de Westchester.

Mencies, deteniéndose junto a una de las columnas que sostenían el elevado, dijo:

—Te escucho, Jacqueline.

El dueño de la taberna encendió un cigarrillo, manteniendo en alto el fósforo. Dos individuos aproximáronse al grupo. White, al

verles, quiso desenfundar la pistola, temeroso de una agresión, pero la joven se lo impidió:

—No te preocupes. Yo que tú no me movería, Arthur. Son gente de acción y manejan bien las armas. ¿No es así?

—Desde luego —repuso uno de los que, fuera del ángulo de visión de Mencies, constituían para el «gángster» una mortal amenaza—. No esperes a tus asesinos a sueldo. Les detuvimos a la salida del «honkytonk». Antes de que supieran lo que les sucedía, ya estaban esposados en el interior de un automóvil.

El que hablaba, con habilidad, ciñó dos argollas metálicas en torno a las muñecas de Arthur. Paul, aún más sorprendido que el asesino de Vladimir Ivanovich, miró a Jacqueline.

—No quise advertírtelo para que no te inquietases.

De retrasarse mis camaradas, los secuaces de Mencies habrían disparado contra nosotros al recibir la señal. ¿Era la cerilla, Arthur?

—Sí —contestó el «gángster»—. No tienes autoridad Para...

—Te equivocas. Te vigilo desde hace meses por orden de la Metropolitana, a la que pertenezco como agente femenina. Vine desde Chicago, a cuya plantilla pertenezco, a fin de que ningún forajido habitual me pudiera reconocer, adscrita al «Federal Bureau of Investigation». Son hombres del

F. B. I.

los que te han apresado y ellos no necesitan mandamiento judicial. Nadie se enterará de tu captura hasta que en un interrogatorio digas todo lo que nos interesa saber. No habrá necesidad de pegarte. Mis amigos son muchos y pueden turnarse, mientras que tú eres sólo a responder a sus preguntas. Agradece no haber caído en otras manos. ¡Llévenselo! Dentro de poco me reuniré con ustedes.

Un automóvil aproximóse a la acera, y los dos federales penetraron con Arthur en su interior. Al alejarse el vehículo, el médico, sintiendo en su pecho una inmensa alegría, no pudo contenerse y abrazó a la muchacha, besándola en los labios. Ella, gozosa, separándole, le reprendió:

—¡Paul! Estamos en plena calle.

—¡Qué importa! ¿Ése era tu secreto?

—¿Qué temías?

—Que estuvieses casada o que amaras a otro. Ahora, comprendo tu obstinación en permanecer en Nueva York y el deseo de no

mezclar el sentimentalismo en tu vida hasta que no finalizara el problema que toca a su fin. ¿Pedirás el retiro para casarte conmigo?

—Sí. Vámonos. La gente nos mira.

Anduvieron con paso rápido hacia Manhattan municipio al que pasaron a través del puente que enlaza las avenidas First y Willis. El la llevaba del brazo, sintiendo entre sus dedos el tibio contacto de la mujer que, mimosa y enamorada, uníase a él. Caminaron en silencio, como unos novios más de los muchos que a diario paseaban por la gran urbe. El, feliz, comentó:

—Nunca supuse que iba a enamorarme de un policía. No les tengo mucho aprecio, en especial a los de tráfico. En Filadelfia me pusieron varias multas.

—¡Tonto!

—Debiste decírmelo desde un principio. ¿Por qué no me hablas de tu pasado? El mío ya lo conoces.

—Hoy no puedo negarte nada. Mi vida tiene poco de normal en una mujer. Mi padre era un... alcohólico. Mi madre, una santa. El murió de un ataque cardíaco, y ella, habituada al infortunio, esforzóse por sacarme adelante, consiguiéndolo. Falleció al cumplir yo los dieciséis años. Fui recogida por unos familiares, viviendo con mis caritativos tutores hasta que, a la mayoría de edad, pedí y obtuve el ingreso en la plantilla femenina de la Metropolitana de Chicago. Tuve suerte y pude ascender a sargento. Mis jefes me encomendaban todos los trabajos difíciles.

—Entonces, lo que me contaste de Francia...

—Es cierto. Vivimos en París. Mamá, creyendo que si alejaba a su esposo de Europa tal vez consiguiera salvarle, le convenció para el viaje a Chicago, con la esperanza de que se quitara de la bebida al cambiar de ambiente. No fue así.

—Debió sufrir mucho.

Jacqueline Price asintió con el gesto, súbitamente entristecida.

—Fueron amargos mis años de niñez y juventud. Por eso me consagré a mí labor, en el afán de olvidar.

—Comprendo.

—Una mañana el Comisario Jefe me pidió que me trasladara a Nueva York para ocuparme de vigilar a un contrabandista de bebidas, en coordinación con el

F. B. I.

—¿Arthur Mencies?

—Sí. Aceptó. Se me ofrecía una aventura más. Obtuve un empleo en el «honkytonk», y conocí a Doris Hart. Nos hicimos amigas. Aunque mis investigaciones en el sentido del tráfico de alcoholes no progresaban, me ocupé de algo más esencial: espionaje. En la taberna entraban gentes de todas las nacionalidades. Doris observaba una conducta extraña. Nada dije a mis jefes ni a los federales, en el deseo de obtener el éxito por mis propios medios. Entonces sucedió lo de la estatua de la Libertad.

—¿Fue un asesinato? —inquirió Paul.

—No lo sé. Yo, al menos, no vi nada. No tuve inconveniente en aceptar la propuesta de Gerald Evatt. El facilitaría mi labor. Los acontecimientos, al precipitarse, me hicieron comprender muchas cosas y hoy, prescindiendo del

C. I. A.

he comenzado una gran redada que nos llevará al culpable.

White, con la sonrisa del hombre que conoce la respuesta, inquirió:

—¿Quién es John?

—Los dos lo sabemos. Es preciso obligarle a confesar.

—¿Cómo?

—Primero hay que acorralarle, destruyendo todos sus escondites. Para esa tarea nos serviremos de Arthur Mencies. Después... ¿De veras no te importa casarte con un sargento? Es peor que un policía.

—¿No me pondrás una multa, si llego tarde a casa?

—No pienso separarme de ti. Eres un hombre muy interesante para permitir que ni aun en el trabajo te rodeen mujeres.

—¿Celosa?

—¡Enamorada, Paul! ¡No, aquí no!

El, que se inclinaba para besarla, se contuvo, sonriendo.

—Vine a Nueva York a tomarme unas vacaciones y regreso sabiendo lo que es un «honkytonk» una cuadrilla de asesinos, y del brazo de una esposa que va a ser la envidia de Filadelfia. Si antes te defendí de todo riesgo, ahora lo haré con doble motivo. No olvides que colaboro con la ley por orden de Gerald Evatt. ¿A dónde vamos?

—Al encuentro de Arthur Mencies, primero. Luego a disponer la

trampa. Espero que el misterioso John caiga en ella. Tomemos un taxi.

White detuvo un vehículo de alquiler, y, abriendo la portezuela, permitió que Jacqueline entrara primero, acomodándose a su lado. La muchacha dio unas señas al chófer, y el automóvil perdióse en el gran tráfico de Manhattan.

CAPÍTULO IX

EL MISTERIOSO JOHN

Los tres hombres que rodeaban el edificio, sudorosos, guardaron unos minutos de silencio. Se hallaban en un despacho de la Delegación del «Federal Bureau of Investigación», en Center Street. La estancia no muy amplia, iluminada por un foco eléctrico que daba de lleno en el rostro de Arthur Mencies, cegándole, carecía de otros muebles que no fueran media docena de sillas y una butaca de madera, de alto respaldo, donde el dueño del «honkytonk» apoyaba la cabeza. Los miembros del

F. B. I.,

cambiando un signo de inteligencia, iniciaron de nuevo sus preguntas, con tal rapidez, que el interrogado no tenía tiempo de reflexionar.

—¿Quién te ordenó que intervinieras en la fuga de Vladimir Ivanovich?

—¿John te dijo que le mataras?

—¿Por qué engañaiste al marido de Doris? ¡Contesta! ¿Cuál es el verdadero nombre de tu jefe?

—¡Habla! ¡Todo será más fácil para ti!

Arthur Mencies, con los ojos cerrados y las muñecas atadas a los brazos de la butaca, deshechos sus nervios, gritó:

—¡Callen! ¡No sé más! ¡Nunca vi a Vladimir Ivanovich!

—¡Tú le mataste!

—¡No lo hice!... ¡No lo hice!

—¡Sí! ¡Hay dos testigos de tu crimen!

El detenido, inclinando la cabeza, agotado, quiso hurtar su cara

al foco de luz, no consiguiéndolo, pues uno de los federales golpeándole en la mejilla te obligó a mirarle.

—Tenemos la certeza de que le asesinaste. ¡Di la verdad y te dejaremos tranquilo!

—De todas formas van a hacerlo —exclamó una voz irritada, desde la puerta de la habitación—. ¡Creo que empiezan a mezclarse en lo que no es de su incumbencia!

Los tres agentes se volvieron sorprendidos, apartándose de Mencies al ver a su jefe, el comisario Anthony Curtis, al que acompañaba un hombre de rostro grave.

—Muchachos, os presento a Gerald Evatt, del «Central Intelligence Agency». Me ha mostrado un documento expedido por Washington, con el visto bueno de Hoover, en el que se le dan todas las atribuciones para llevar a buen término una misión secreta. Pide la entrega de Arthur Mencies, por considerar que sólo importa lo que a él le preocupa.

En las palabras de Anthony Curtis había un sarcasmo del que el inspector no quiso darse cuenta.

—Siempre actuamos de mutuo acuerdo, comisario. Lamento que en este caso...

Un hombre entró en la estancia, interrumpiendo al del C. I. A.

Dirigióse a Curtis para anunciarle:

—Ahí fuera está Jacqueline Price. La acompaña un hombre. No me atreví a permitirles que entraran sin que usted lo autorizase.

—Dígales que pasen.

Hubo un largo silencio, durante el cual todos miraron a la puerta. Arthur Mencies masculló amenazas con voz ininteligible al ver a sus enemigos.

—¡Hola, muchachos! —saludó la joven, con desenvoltura—. Os presento a Paul White. Le conocéis de referencias. ¿Qué tal, señor Evatt? ¿Cómo van sus espías? No ponga cara de asombro. Soy muy distraída y olvidé decirle que pertenezco a la Policía Metropolitana de Chicago. En la actualidad trabajo para el

F. B. I.,
en su sección de contraespionaje.

¿Interesante?

—No mucho —repuso Gerald—. ¿A qué ha venido?

—A secundar sus órdenes. Indiqué al comisario que le telefonara para anunciarle la captura de Mencies. Sé que usted se encuentra sobre el rastro del misterioso John, y no quiero que, nada perturbe sus investigaciones.

—Gracias —contestó, secamente, el del Servicio Secreto—. ¿Quién mandó detenerle?

—Yo —declaró el comisario Curtis, molesto por el tono impertinente de Evatt, a quien desafió con la mirada.

—¿Por qué? Cuando el registro del «honkytonk», intercedí para que continuase en libertad. Me era más útil en la calle que encerrado, en un calabozo.

—Yo no lo considero así. Lléveselo si quiere. Washington le ha concedido poder para ello. Su cosecha de fracasos no obedece a otra causa que a su testarudez, a querer hacerlo todo por procedimientos excepcionales.

Jacqueline Price, que seguía el belicoso diálogo de los dos hombres, intervino:

—¡Basta de farsas! A Mencies no pueden engañarle. Lo estoy leyendo en sus ojos. —Aproximóse al detenido—. Escucha, Arthur. El F. B. I, actúa siempre dentro de la más absoluta legalidad. Paul y yo nos olvidaremos de que ha existido Vladimir Ivanovich si cooperas con nosotros en la captura del hombre que nada hace por salvarte. Me refiero a ese John al que me consta no conoces. Di lo que sepas de él y te dejaremos tranquilo, Gerald Evatt pretende hacerte creer que a su lado alcanzarás de nuevo la libertad. Lo que hará es más sencillo: encerrarte en cualquiera de las delegaciones del

C. I. A. y...

es preferible la «silla». Te lo aseguro. ¿Cómo entraste en contacto con el hombre al que nos interesa desenmascarar? No contestes aún. Te he vigilado durante meses y sé más de lo que imaginas. Te lo demostraré a fin de que no dudes de mis palabras. Michael Byron era el enlace entre John y tú. Al morir él, recibiste órdenes telefónicamente. ¡No seas obstinado! La comedia que acaban de representar el inspector y el comisario demuestra cuáles son sus propósitos: elevar tu moral para *hundirla de nuevo, brutalmente*.

Jacqueline matizó la última frase. Arthur Mencies, desconcertado, inquirió:

—¿Olvidará lo de...?

Aunque no pronunció el nombre, éste se hallaba en la mente de todos.

—Te lo prometo. Ése es un pleito del que se ocupará la Metropolitana. ¿Recibías instrucciones periódicamente?

—Sí.

—¿A la misma hora?

Nueva afirmación de Mencies.

—¿Qué hora?

—Las tres de la mañana.

—¿En el «honkytonk»?

—Sí.

—Nos sobra tiempo para trasladarnos al despacho de Arthur y pedir a la Sección Especial de Teléfonos un riguroso control de llamadas —dijo la muchacha, volviéndose a los que la rodeaban—. Te creo, Mencies. Dadle un cigarrillo.

Uno de los federales hizo lo que Jacqueline pedía, colocando un «Chesterfield» encendido en los labios del «gángster», a la par que soltaba su mano izquierda.

Jacqueline, que se hallaba entre el foco de luz y el detenido, protegiéndole con su cuerpo, inquirió:

—¿Qué pudiste averiguar de tu jefe? Él ha ido eliminando a sus colaboradores y no vacilaría en disparar contra ti apenas representaras un peligro.

—Nada.

—¡No mientas!

—No me preocupé de otra cosa que de cobrar las fuertes cantidades que me pagaba por mis servicios.

—¿Cómo?

—Mediante sobres que me entregaba Michael Byron.

—¿Y después?

—No he vuelto a recibir dinero. Anoche me dijo que hoy encontraría en mi domicilio la suma concertada por...

—Comprendo.

Jacqueline apartóse de Arthur para reunirse con Anthony Curtis y Gerald Evatt. En sus labios había una sonrisa de triunfo.

—Enhorabuena —la felicitó el comisario del

F. B. I.

—Ya le han oído. ¿Insiste en llevárselo? —preguntó a Evatt.

—No, al menos por ahora. Tengo la sospecha de que John y Arthur Mencies son una misma persona. Comprendo el estupor de ustedes, pero creo posible demostrarlo.

—¿De qué manera? —inquirió Paul White, rompiendo su prolongado silencio.

—Registrando su casa y el despacho del «honkytonk». Tal vez allí encuentre la respuesta.

El acusado tardó unos minutos en reaccionar. De su boca surgieron frases entrecortadas por la ira.

—¡Se han vuelto locos! ¿Cómo iba yo a...? Quieren perderme a cualquier costa, acumular sobre mi, más delitos de los que he cometido. No sé quién es...

—Cálmate. Serás juzgado dándosete las oportunidades que concede la ley. La tragedia toca a su término. ¿Qué ordena, señor Evatt?

—Una visita al domicilio de ese hombre antes de trasladarnos al «honkytonk». ¿Nos acompaña, comisario?

—Sí. Vamos.

El inspector del

C. I. A.

Anthony Curtis, Paul White y Jacqueline Price, abandonaron la habitación, y en un vehículo oficial, siguiendo las instrucciones de Gerald, se trasladaron a 21 th Street, en el municipio de Queens.

Mencies habitaba en un departamento de dos habitaciones, sin cocina, en una vieja casa de vecinos próxima al hospital de San Juan. Nadie reparó en los tres hombres y la mujer, que ascendieron por una carcomida escalera para abrir la puerta con una ganzúa.

—No parecía vivir con demasiado lujo —comentó Jacqueline.

—Los que actúan fuera de la ley no arraigan mucho tiempo en el mismo sitio —repuso Evatt—. Les basta con una cama, un armario y sillas, sin olvidar un mueble para el licor y las copas. Es todo lo que hay aquí, al menos a primera vista.

—¿Se olvida del teléfono?

—No. Comencemos por el dormitorio. ¿Me ayuda, comisario?

—Lo haré con gusto.

No fue preciso que los dos hombres se esforzaran para encontrar una emisora portátil de onda corta, y una metralleta «Thompson».

White, con una sonrisa indescifrable, dijo a Gerald:

—Buen olfato. Posiblemente los proyectiles que faltan del cargador estarán en el laboratorio de balística, extraído del cuerpo de Humberto Orlando. Me asombra que Arthur, sabiéndose perseguido, sea tan necio como para tener esa arma al alcance de cualquiera. ¿No te parece, Jacqueline?

—No me atrevo a opinar si me escucha un sabueso del Servicio Secreto —contestó la muchacha, con ironía—. Hasta ahora ha caminado a ciegas. Hoy parece saberlo todo.

¿Qué es eso?

Gerald acababa de hallar en el fondo del armario varios sobres en blanco, de tamaño cuartilla.

—Nada, pero puede ser mucho. Otros hombres percibieron dinero de John. Tal vez utilizaron éstos... —Evatt guardó silencio, al darse cuenta del regocijo que invadía a la muchacha—. ¿Se divierte, Jacqueline?

—Sí. Va dejando sus huellas en esas pruebas comprometedoras.

—¿Qué insinúa?

—Imagínese que los que le rodeamos nos volvemos locos hasta el extremo de afirmar que el misterioso John es usted. ¡No me interrumpa! Nuestra locura no lo es tanto como para no saber que a los jurados no se les convence con palabras. Es preciso demostrar la culpabilidad. ¿Cómo? Presentaremos esos sobres, el que sin duda alguna usted ha depositado en el domicilio de Humberto Orlando, la emisora, y, sobre todo, la metralleta.

¿Qué vale su testimonio frente al de un comisario del F. B. I.,

un sargento de la Metropolitana y un doctor que, además, es alienista? El afirmará, por ejemplo, que un hombre íntegro puede trastornarse por un fuerte dolor. Tal vez una mujer sea la causa quizá un divorcio. A propósito, inspector, ¿me equivoco al recordar que usted se separó de su esposa?

Evatt, muy pálido, observando a los que le rodeaban, dijo:

—¡Basta ya de broma! Falta hora y media para las tres. Reanudemos el registro.

—NI es broma ni hay que continuar buscando nada replicó Paul White. —Su carrera de crímenes ha terminado, Gerald. Es posible que se salve de la silla eléctrica si se confirma el primer diagnóstico

que le dio un colega mío, hoy director del Hospital para Dementes de Filadelfia. Acudió a él a raíz del divorcio, quejándose de fuertes dolores de cabeza. Su mujer Le engañó. Comprendo que es un duro trance. Necesitábamos pruebas contra usted, y ya las tenemos. Ha incurrido en el error de supervalorarse. Su cerebro enfermo le impulsaba a luchar contra todo lo noble y lo bueno. Jacqueline y yo investigamos su historia.

El miembro del

C. I. A.,

con una forzada sonrisa, abrió el mueble bar, sacando de él una botella de *whisky* y una copa.

—No me atrevo a invitarles por si imaginan que pretendo envenenarles. ¡Es tan desbordada la imaginación de ustedes! ¿Cree esas supercherías, comisario?

—Me cuesta trabajo —repuso, sincero, el del

F. B. I.

—Veo que hay alguien sensato. Por la salud de dos jóvenes locos.

Gerald Evatt bebió un sorbo de licor. Había recobrado el dominio de sus nervios.

—Es inútil que finja. Dejó muchos cabos sueltos en sus actos delictivos.

—¿De veras, Jacqueline? No quiero enojarme. La invité a que participara en la captura de John, sin saber que pertenecía a la Metropolitana. En colaboración con Paul White se ha esforzado en ayudar a la justicia. Lamento que en el afán de encontrar un culpable, me eligieran a mí. Estoy dispuesto a olvidarme de sus palabras.

El aplomo del inspector era tal, que Curtis miró con enojo a los que, posiblemente, le acababan de colocar en desairada postura. Las relaciones entre el C. I. A. y el

F. B. I.

eran buenas en los altos organismos. No sucedía igual entre los que luchaban codo a codo contra el crimen en cualquiera de sus manifestaciones. Si Evatt demostraba su inocencia, su situación iba a ser difícil. Le resultaba inconcebible que un hombre con la larga y brillante historia de Gerald en el Servicio Secreto se convirtiese en un indeseable. ¿Por qué prestó crédito a Jacqueline y a White?

—Aunque me vea forzada a dimitir, me agradará convencerme de que es usted víctima de las circunstancias.

—Gracias, Curtis. Será fácil.

—¿De veras?

La ironía de Paul hizo estremecerse íntimamente a Gerald.

—Hay casos en los archivos judiciales en que las apariencias condenan a los que no son culpables.

—Usted sí lo es, John.

Tan convincente era el tono de voz de Jacqueline, que Evatt, al observar que Anthony Curtis vacilaba, optó por burlarse de la muchacha.

—No tengo ganas de reírme. Sin embargo, no me queda otro remedio.

CAPÍTULO X

¡CULPABLE!

La carcajada del inspector del Servicio Secreto pareció quebrarse en el aire, falta de sinceridad. Paul, harto de aquella comedia, deseoso, de terminar de una vez y para siempre con el problema que, obsesionándole, le puso en grave trance de muerte, dijo:

—Nadie más que usted conocía el hotel en el que me alojaba ni la idea de Jacqueline de hospedarse conmigo. Ésa fue mi primer sospecha sobre su traición. Notó su nervosismo en la Oficina de Correos, a raíz del asesinato de Humberto Orlando. De hablar con el cicerone antes de su muerte, quizá nos hubiese facilitado una buena pista: la de Michael Byron, enlace entre usted y Arthur Mencies, sobre el que quiere cargar ahora todas las culpas. Aún hay más. ¿Por qué no se ocupó de protegernos? Puso en libertad al propietario del «honkytonk». La prueba más condenatoria es la huida de Ivanovich.

¡Nadie escapa de
Sing-Sing!

Convenció a sus jefes para que facilitaran su fuga. Siguiéndole, sugirió, se descubriría una importante red de espionaje. Era incierto. Sólo pretendía que asesinara a Jacqueline y a mí. Por fortuna y debido a una desobediencia de Arthur, Ivanovich llegó a tiempo de lo contrario, de salvarnos. Fred Logan, Un agente del Servicio Secreto me ha repetido anoche por teléfono el texto de la nota: que deposito en la celda de Vladimir. Tendrá que demostrar por qué hizo muchas cosas, y someterse a un examen clínico.

Las firmes palabras de Paul White no parecieron conmover a

Gerald, quien con desconcertante frialdad, tornó a servirse *whisky*.

—¿Nada más?

—Sí. Su esposa está en Nueva York. La hice venir para que nos refiriera algunos detalles de...

El rostro de Evatt se transfiguró de ira, y sus ojos adquirieron un brillo de dureza inconcebible en un ser humano. Antes de que los que le contemplaban pudieran evitarlo, apoderóse de la «Thompson», encañonándoles.

—¡Necios! —masculló—. ¡Yo soy el que decís, pero de nada os valdrá saberlo! ¡Os mataré como a perros!

El comisario del

F. B. I.

quiso hablar, pero White se lo impidió.

—Calle. Gerald es un irresponsable. Para él será una satisfacción completar la historia de sus triunfos. ¿No es así, inspector? ¡Qué goce el de la victoria, el de la muerte de las personas odiosas! ¿Fue un accidente o un crimen lo de Doris?

Humberto Orlando aprovechó muy bien una distracción de las dos mujeres. Bruscamente y con disimulo, empujó a la esposa de Vladimir Ivanovich, precipitándola en el vacío. Ella estaba nerviosa por haber recibido una amenaza de muerte firmada por John, es decir, por mí, y fue en busca de Jacqueline para sentirse protegida, sin confesarla sus temores. El asesinato es el mejor medio de eliminar estorbos. Doris llevaba en su bolso algunos planos sobre radar que me interesaba conseguir, al trasladar a la muchacha al depósito me entregaron su bolso y substituí unos papeles por otras. Arthur Mencias asesinó al cicerone a fin de que no pudiera hablar. Michael Byron y su cómplice, obedeciendo instrucciones mías, intentaron apoderarse del bolso de Doris Hart. Disparé contra uno de ellos —cuando ya Michael había sucumbido al plomo de su cómplice— en una magnífica coartada de ardiente defensor de la justicia. Lo cierto era que me interesaba eliminarles, pues los dos eran conocedores de mi doble personalidad. Al solicitar la colaboración de usted y Jacqueline, pude hacer manifestaciones entusiastas en favor de la patria. Mis superiores me felicitaron por incorporarles al

C. I. A.

Gerald Evatt guardó un largo silencio. Paul, Curtis y Jacqueline

observaban la presión del dedo del inspector sobre el gatillo, dispuestos a actuar en evitación del triple crimen.

—No tardó en convencerme de que la coartada de utilizarles como auxiliares era peligrosa. Arthur Mencies me dijo que el médico se le había ofrecido como empleado. Le aceptó hasta recibir órdenes mías. Para evitar riesgos de una actuación independiente, mandó que le acuchillaran. Lo hizo uno de los «gángsters» a sueldo del «honkytonk» pero Paul pudo librarse del puñal, arrojándose al suelo. Uno de los hombres de Mencies instaló una bomba de relojería en el «living» de casa de la muchacha. También fue descubierta. Comprendí tarde mi error. Facilitó la fuga de Vladimir Ivanovich para complicar más el enigma y con la idea de que, en venganza, asesinará a Jacqueline y White.

—¿Puso usted las drogas en el despacho de Arthur?

—Lo hizo uno de los miembros del

C. I. A.

Le señaló a usted como culpable.

—Lo supuse, poco antes de la providencial llegada de Vladimir Ivanovich, me di cuenta de que a Mencies no le guiaba otro afán que el de cobrarse una traición. ¿Por qué hizo que clausuraran el establecimiento?

—El «honkytonk» era un peligro. Grande fue mi extrañeza al enterarme de que el «Federal Bureau of Investigation» había autorizado a Arthur continuar el negocio, y proyecté desorientar a todos acumulando pruebas contra él, para culparle de ser el misterioso John que tanto les inquietaba. ¿Satisfecha la curiosidad?

—Sí —repuso Paul—. ¿Quiere escucharme a mí ahora? Seré breve. Tengo la certeza de su anormalidad mental. No irá a la «silla», sino a un sanatorio. ¿A qué verter más sangre? Su esposa no está en Nueva York. Ignoramos su paradero. Hablé así para que al recordarle el origen de su locura, se confesara autor de los crímenes, impulsado por un arrebató de ira. ¿Quién introdujo el gas?

—Yo. No quise exponerme a un nuevo fracaso. También ordené que le mataran en el tren, en su viaje a Filadelfia. No tuve éxito.

—El mal siempre es vencido, Gerald. Debía saberlo usted mejor que nadie. Fingí marcharme de Nueva York para proteger a Jacqueline y actuar en la sombra. Suelte esa arma y entréguese.

—No. ¡Van a morir!

El inspector del Servicio Secreto, siempre encañonando a sus enemigos, retrocedió unos pasos, y en tan crítico instante apagóse la luz del cuarto. Sonaron las rítmicas detonaciones de la metralleta, y, dominando el estruendo, oyóse la voz de Paul:

—¡No dispare, comisario! ¡Es un enfermo!

Desde el suelo, al que se habían arrojado al hacerse las tinieblas, vieron a Evatt saltar por la ventana.

—¡Va a estrellarse! —exclamó Jacqueline.

—¡No! —repuso White—. Hay una ancha cornisa que conduce a la escalera de incendios. ¿Rodean sus hombres el edificio?

—Sí —contestó el del F. B. I—. Fueron puntuales en el corte de la corriente. Lo que resta nos corresponde a nosotros.

El médico, sin escucharle, había abandonado la estancia, para caminar por el saliente de la pared. Su rostro, tenso, denunciaba el temor a un mortal resbalón. En su diestra llevaba una automática. A sus pies los automóviles rasgaban las sombras con la luz de los faros.

Paul White vióse obligado a detenerse, y cerrando los ojos con fuerza, apretar la espalda contra la pared para vencer el vértigo que comenzaba a invadirle. No debió arriesgarse tanto.

Más sereno, deseoso de capturar vivo a Gerald Evatt, anduvo hasta la salida de incendios. Apenas en el descansillo, hubo de encorvarse para no ofrecer blanco al inspector del Servicio Secreto, quien, un piso encima de él, aprestaba la metralleta. El médico disparó varias veces, con el único afán de perturbar la puntería del fugitivo, consiguiéndolo. La ráfaga de proyectiles de la «Thompson» se clavó en la pared del edificio.

—¡Estás cercado! ¡No escaparás a la ley!

Las palabras de Paul obtuvieron una carcajada por respuesta. Aquella risa era la de un loco.

Peldaño a peldaño, el joven fue ascendiendo tras Evatt, procurando que su fisura no fuese iluminada directamente por el reflejo de la una que, en lo alto, parecía más pálida al ser testigo de la tragedia. Gerald movíase de vez en vez para hacer uso de su arma, pero su desequilibrio psíquico, la mala postura y la prudencia de White, malograban sus criminales propósitos.

Siempre en pos del perturbado, Paul alcanzó la terraza del

edificio. Antes de saltar a ella, observó que su enemigo se hallaba escondido tras una de las chimeneas. Frente a él comenzó a abrirse la puerta de enlace con la escalera interior de la casa, Al reconocer al comisario del

F. B. I.,

el médico gritó:

—¡No salga! ¡Está oculto para acribillarnos!

Anthony Curtis retrocedió unos pasos, en el preciso instante que Gerald Evatt, apretaba el gatillo de la metralleta. Los proyectiles se clavaron a escasas pulgadas del federal.

Paul, por vez primera, se dijo íntimamente que iba a verse precisado a someter al del Servicio Secreto por la fuerza, y oculto en las balaustras del edificio, disparó alto en su deseo de obligar a Gerald a mostrarse, consiguiéndolo de forma tan inesperada como terrible.

Evatt, erguido, con la «Thompson» en disposición de hacer fuego, abandonó su refugio, y con absoluta inconsciencia, impulsado, por el odio, avanzó hacia el médico. La luna iluminaba la figura del hombre, permitiendo ver a White un rostro desfigurado, demoníaco. Tuvo miedo. ¿Cómo disparar contra un enfermo? Más, de no hacerlo, moriría. Estaba seguro de ello.

Él era un médico y no un «gángster». Jamás quitó la vida a nadie. Si para salvarse utilizaba su automática, el recuerdo iba a perseguirle siempre, obsesionándole.

¡Huir! Estuvo tentado de hacerlo, pero la distancia que le separaba del loco era escasa.

Le alcanzaría con los proyectiles antes de que llegase al próximo rellano de la escalera de incendios. ¿Qué hacer? ¡Defenderse!

—¡Vas a matar a tu esposa! —le gritó.

Deseaba provocar una nueva reacción en Gerald, ignorante de si sería o no favorable.

Obtuvo el resultado contrario.

—¡Malditos tú y ella! ¡Malditos todos!

Paul, sintiendo en sus entrañas la fuerza del instinto, apuntó a uno, de los muslos de su mortal enemigo. No llegó a apretar el gatillo. Tres disparos rompieron el silencio de la noche, y Evatt, el hombre que tuvo en jaque a las autoridades de Nueva York bajo la falsa personalidad de John, doblóse trágicamente, cayendo sobre las

baldosas de la terraza. Curtis, desde la puerta de entrada a la azotea, había reducido a su antiguo camarada por el único procedimiento posible.

Al reunirse White con el del F. B. I., por sus sienes resbalaban gruesas gotas de sudor.

—Gracias, comisario. No veía en él a un forajido sino a un enfermo.

—Lo comprendo. La patria le debe mucho, señor White.

—Yo también le debo a la patria, no sólo en el sentido moral, sino también porque, gracias a ella, he conseguido el cariño de...

—¡Paul!

Jacqueline Price, que acababa de llegar a la terraza, abrazó nerviosa y feliz al joven médico, quien, separándola, inclinóse sobre Gerald Evatt.

—Todavía vive —dijo—. Es preciso que se le traslade rápidamente a un hospital. Yo le operaré.

Minutos después, en una ambulancia, White y la muchacha miraban al inspector del.

Servicia Secreto, cuya respiración era agitada.

—Quisiera salvarle, y, si es posible, contribuir a su curación. El odio es fruto de cerebros anormales. Me agradecería que Mortimer O'Dalys

estuviese de guardia en el «San Vicente». Es un buen cirujano.

En el edificio sanitario, al que Anthony Curtis había avisado por teléfono, se hallaba el hombre que, con Paul, contribuyó a librar a Jacqueline de los efectos del gas.

—Antes le traje la víctima. Ahora viene el verdugo, doctor. Aún no he podido reconocerle.

—Lo haremos en el quirófano.

White, en unión de Mortimer O'Dalys

y de dos enfermeras, luchó denodadamente en favor de Gerald Evatt, a quien, por fortuna, los proyectiles no interesaron ningún órgano de importancia.

Al abandonar Paul la sala de operaciones, Curtis conversaba con Jacqueline.

—¿Qué hay? —inquirió el comisario.

—Sanará. Antes de una semana podrán interrogarle. Su caso entra de lleno en mi especialidad. ¿A qué país servía?

—Aun no lo sabemos, pero no importa... por ahora. Lo esencial es que el misterioso John ha sido capturado gracias a ustedes. El aplomo de Gerald me hizo dudar. Sin su testimonio carecíamos de pruebas para condenarle. No hubiera permitido que se utilizaran los objetos que tocó en nuestra presencia.

—Sólo quise desorientarle. Tome mi tarjeta. Si me necesita, no vacile en avisarme. Mis vacaciones en Nueva York han terminado unas vacaciones de sangre. ¿Vendrás conmigo, Jacqueline?

—¿Puedes dudarle?

En la pregunta había una ternura incontenible, y el del F. B. I., discreto, alejóse de los enamorados.

EPÍLOGO

—Estaba intranquila, Paul. Tardaste más de lo habitual. ¿Algún caso grave? El aludido, con una sonrisa de cariño, besó a Jacqueline en las mejillas.

—Si. Hoy ingresó en el manicomio Gerald Evatt. No te asustes. No recuerda el pasado, y es un hombre bondadoso. Quise reconocerle a su llegada.

Ella le interrogó con la mirada.

—No tiene cura. ¿Por qué ese nervosismo?

—Había preparado una comida extraordinaria con motivo de... La mujer bajó la cabeza con rubor.

White la apremió:

—Sigue. ¿Tan terrible es lo que tienes que decirme?

—No. Sé que te gustan los niños. ¿No te alegra ni te sorprendes?

—Mi alegría data de hace dos meses. La sorpresa... Los médicos estamos habituados a percibir desde lejos el aleteo de la cigüeña. Vamos dentro. Tengo un hambre feroz.

Paul puso el brazo izquierdo sobre los hombros de su mujer, conduciéndola a la casa en que habitaban. Ésta, en contraste con las de Nueva York y, en especial, con las de Manhattan, era de un solo piso, con un amplio jardín en el que crecían las flores, llenándolo todo con su aroma. Las vacaciones de sangre se trocaron en vacaciones de felicidad.

FIN



Alar Benet nació en Madrid, España en 1923.

Pseudónimo utilizado por Juan Alarcón Benito, prolífico escritor en toda clase de géneros con publicaciones editadas desde los años 50 hasta finales del pasado siglo.

Otros pseudónimos utilizados: Andrea Melotti, Fatt Rowner, John Strong, July Bungler, Magda de Medrano y John A. Lakewood.

Así mismo fue uno de los dos guionistas de la celebrada serie de Televisión Española emitida entre 1971 y 1974 titulada «Crónicas de un pueblo» en la que se narra la vida cotidiana de un pueblo tipo de España en el tardofranquismo. Esta fue la primera serie dirigida por Antonio Mercero en TVE.

En la biblioteca nacional de España consta como autor de 564 obras y como partícipe de otras 71.

Notas

[1] Hospital de Pensilvania para dementes. < <

[2] Taberna de baja estofa donde no se obedecen otras leyes que las dictadas por la codicia o la embriaguez (N. del T.). < <

[3] Muchachas cuya labor consiste en hacerse invitar por los clientes, aumentando sus consumiciones. Llevan un tanto por ciento de lo que ellas obligan a gastar. (N. del T.). < <

[4] Muchachas que actúan entreteniéndose con sus habilidades. < <

[5] El autor se refiere a Eduardo Dickenson, de 23 años, nacido en Virginia y cuyo proceso militar por posible ayuda al enemigo ha despertado el interés del pueblo americano en tan alto grado, que el presidente Eisenhower hubo de responder a varias preguntas sobre el caso en una conferencia de Prensa. (N. del T.). < <

[6] Popularmente, «elevado». Sus vías descansan sobre columnas metálicas, que por algunos sitios tienen hasta veinte metros de altura, aunque lo normal es que el ferrocarril vaya al nivel del primer piso de las casas. Este popularísimo medio del transporte americano tiene sus estaciones de quinientos en quinientos metros, ascendiéndose a ellas por anchas escaleras de hierro. (N. del T.).

< <